

Tercera Época.

Número 1.

BOLETÍN  
DE LA  
Sociedad Malagueña  
de Ciencias



Marzo 1916

MÁLAGA  
IMPRENTA LA MODERNA  
GRANADA, 47



# BOLETÍN DE LA SOCIEDAD MALAGUEÑA DE CIENCIAS



## "BOLETIN DE LA SOCIEDAD MALAGUEÑA DE CIENCIAS"

TERCERA ÉPOCA

Interrumpida la publicación del BOLETÍN de esta Sociedad durante el período de las reformas de su local, Biblioteca y Museo, por acuerdo de la Junta general del mes de Marzo reaparece en un nuevo formato más cómodo para su lectura y confección, constituyendo la tercera serie de sus publicaciones.

Aspira la Sociedad Malagueña de Ciencias á renovar sus antiguas relaciones con los Institutos Científicos de España y del extranjero y á establecer de nuevo el intercambio de sus publicaciones. A todas las Corporaciones aludidas les reitera, con tal motivo, su respetuoso y cordial saludo.

Málaga-Marzo-1916.



R. 864



# Sucinta reseña histórica de la Sociedad Malagueña de Ciencias

## PRIMERA ÉPOCA

Debe su existencia esta Sociedad á la iniciativa y esfuerzos inauditos de los señores Orueta, Salas, Casado, Parody, Heredia, Scholtz, Orueta (D. Pedro) y Carrión; quienes citando á previa reunión, celebrada el 24 de Julio de 1872, tuvieron el éxito de congregar á los amantes de los adelantos científicos de esta ciudad y, en 6 de Octubre, aprobar nuestro Reglamento, nombrando el 13 del propio mes su Junta Directiva, compuesta de los Sres. D. Domingo Orueta, D. Juan J. de Salas, don José de Sancha, D. Manuel Casado, D. Ricardo Scholtz y D. Dionisio Roca.

Creada con el objeto de fomentar el estudio de las ciencias físicas y naturales, se comenzó por dar cuenta en las Memorias respectivas de los trabajos de investigación de sus socios, Memorias que eran ampliadas más tarde en la discusión con cuantos datos nuevos aportábanse en la controversia.

Esta norma hubo bien pronto que reformarla, por cuanto su práctica informó la necesidad de presentar las disertaciones por escrito con la antelación correspondiente á fin de que, conocidas por la Junta, designase la fecha de su lectura, sin coartar por ello la libertad de hacerlo verbalmente, instituyéndose así la costumbre de las

## Conferencias

En el año de la fundación se dieron dos, correspondiendo á D. Domingo de Orueta la primera titulada *Estudio de los terrenos terciarios de la provincia. Los barros de los Tejares*, disertación que por los conocimientos científicos, asiduidad

y altruismo que demostraba en su autor mereció los honores de ser reproducida en muchas de las publicaciones científicas extranjeras.

El mismo Sr. Orueta, en 29 de Noviembre de 1873, ideó y expuso la gran conveniencia de la publicación de las condiciones climatológicas de la capital y sus principales pueblos, como base para atraer forasteros y enfermos á gozar de las excelencias de su posición topográfica, á imitación de Niza é Isla de Madera, arrojando así la semilla que germinó más tarde: la creación de la *Sociedad del Clima* que tanto ha hecho por Málaga.

Cundió pronto el ejemplo de los Sres. Orueta y Prolongo (D. Pablo), elevándose á catorce el número de conferencias que se pronunciaron el año 1874, entre las cuales se contaron algunas notables de los señores antes citados, de D. Francisco Guillén Robles sobre *Las razas musulmanas moradoras de nuestra provincia* y de D. José M.<sup>a</sup> de Sancha sobre *Progreso del arte árabe y Orígenes del aterramiento del Puerto*.

En 1876 se expusieron los antecedentes para *Instalación en Málaga de un Observatorio Meteorológico*.

Durante los años 1878 á 1882 se leyeron interesantísimos trabajos sobre los estragos y medios de combatir la filoxera, siendo ésta la primera sociedad científica que declaró la existencia de tal plaga. Hiciéronse estudios muy detenidos y se publicó un folleto con cuantos trabajos se efectuaron; estudios que fueron tenidos muy en cuenta por el Gobierno, sabios y Sociedades agrícolas y científicas del extranjero y que dieron margen á multitud de consultas recibidas de todos lados. Inicióse en dicho período el proyecto de creación en Málaga de un jardín de aclimatación, á cuyo efecto una comisión compuesta de los Sres. Larios, Prolongo, Mitjana, Alonso, Casado y el entonces alcalde D. José Alarcón Luján estudiaron el asunto y encargaron á un catedrático del Instituto de su instalación en la explanada ante la Iglesia y Hospital de la Victoria.

En el año 1884 acordóse la celebración de conferencias mensuales, entre las que sobresalieron una de D. Eduardo J. Navarro *Estudios prehistóricos de la Cueva del Tesoro* y otra de D. Domingo de Orueta y Duarte *Los terremotos*; no siendo obstáculo estos trabajos para que una Comisión de este centro compuesta de los Sres. Parody y Linares fuera encargada de

dictaminar acerca de la naturaleza de las afecciones gastro-intestinales que por entonces preocupaban la atención de las autoridades y del público, motivando un informe en el que se comprobaba la existencia del cólera morbo-asiático, en luminosa exposición, con el profuso reparto de una cartilla indicando las precauciones y primeros auxilios á los atacados, habiendo evacuado consultas también sobre las condiciones sanitarias del Lazareto instalado en la estación de Bobadilla.

Propúsose la creación de un Museo Provincial en el año 1888, donde la Sociedad tuviese su domicilio; pero tal proyecto tropezó con dificultades sin cuento á las que la Comisión no pudo dar cima. En el mismo año evacuóse informe pedido por el Sr. Gobernador civil de la Provincia acerca de un recurso de alzada interpuesto por aspirantes á la Sud-dirección del Laboratorio municipal de Málaga.

Proporcionó estudios y discusiones, en 1890, la consulta que nos hizo la Sociedad Enológica de Almería, sobre las vides resistentes, á la que la ponencia dió fin con satisfacción de los individuos de la Directiva.

A esto sigue un período de diez años, durante los cuales dió la Sociedad menos signos exteriores de vida, resurgiendo en 1901 con nuevos bríos y reanudándose las conferencias con entusiasmo tal que dos años después, en 1903, se pronunciaron treinta y nueve. En el período siguiente hasta 1909, son dignas de mención la del P. Cámara, obispo de Salamanca, sobre *Documentos inéditos relativos á la vida de Santa Teresa de Jesús*, la del P. Fidel Fita, de la Compañía de Jesús, sobre *Historia de Málaga* y las de D. Narciso Díaz de Escobar, sobre *El teatro en Málaga durante los siglos XVI, XVII y XVIII*.

## Museo y Biblioteca

En la sesión del 29 de Noviembre de 1873 se inicia la idea de fundar una Biblioteca, la cual comenzada á constituirse con los donativos de los socios, llegó, en 1875, á contar 500 volúmenes, mereciendo especial mención entre los donantes los señores Clemens y D. Luis Souvirón. Continuó nutriéndose lentamente conforme á los modestos recursos de la Sociedad, aumentóse en 1902 en un importante legado que á su muerte

nos consignó el Sr. D. Manuel Casado y en el mismo año llegóse á los 1.500 volúmenes, según hace saber en la Memoria correspondiente el entonces bibliotecario D. Enrique Laza.

La formación del Museo y colección de material científico, es idea que nació con la constitución de la Sociedad. Gracias á los constantes desvelos de sus fundadores, llegó á contarse con una colección mineralógica y paleontológica de gran interés y con variados y curiosos ejemplares de la Fauna malagueña. A la muerte de D. Pablo Prolongo pasaron á ser propiedad de la Sociedad su magnífico herbario y su colección de minerales. Don Francisco de Madrid-Dávila nos cedió la colección mineralógica de la provincia, que estuvo expuesta en el certamen de Filadelfia. El cónsul británico, Sr. March, nos hizo donación de una colección de rocas y mármoles raros. Por último, los hijos de D. Domingo Orueta, trasladaron á las vitrinas de nuestro Museo las ricas colecciones mineralógicas que aquél poseía.

En 1878 con motivo de los estudios que aquí se hicieron acerca de la filoxera, concedió el Municipio crédito suficiente para la compra de un microscopio, siendo el aparato expuesto para su uso en la sesión del 29 de Mayo de dicho año. Más tarde (1880) adquirióse el espectroscopio con un donativo de la Diputación provincial y por R. O. de 2 de Junio del mismo año se nos concedió por el Gobierno un donativo de 1.500 pesetas que se dedicó á la compra del aparato de proyecciones que poseemos.

## Necrología

El 13 de Junio de 1885 falleció D. Pablo Prolongo y Montiel, uno de nuestros socios fundadores, á cuyo altruismo y desprendimiento se deben muchas de las mejoras de nuestra Sociedad, como consta en diversas partes de esta reseña.

Otra de las sensibles pérdidas de esta Sociedad fué la defunción en 17 de Febrero de 1895 de nuestro infatigable fundador y varias veces presidente D. Domingo de Orueta y Aguirre, del que la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid se expresó así en la Memoria leída por su secretario en la sesión inaugural del año 1895-96, según consta en el anuario correspondiente:

«Pérdida ha sido también, justamente lamentada, la que recientemente hemos experimentado con el fallecimiento de nuestro corresponsal nacional D. Domingo Orueta y Aguirre entusiasta y afortunado cultivador de los estudios geológicos, como brillantemente lo demostró en su hermosa *Memoria sobre la geología de la provincia de Málaga y Descripción del terreno terciario de los Tejares inmediato á la capital* y en otros trabajos de análoga índole, dignos todos de singular estima.

»Con Prolongo, Casado, Parody, Heredia y otras personas envidiablemente reputadas por su ilustración, buen sentido y plausible afición al estudio y difusión de los adelantamientos científicos en nuestra patria, Orueta contribuyó muy en primer término á la fundación por los años 1872, y sostenimiento provechoso en lo sucesivo, de la Sociedad Malagueña de Ciencias Físicas y Naturales; por iniciativa y á expensas de la cual, se publicó oportunamente interesante *Memoria sobre los terremotos ocurridos en el Sur de España en Diciembre de 1884 y Enero de 1885* que redactó, por el alentado, su hijo don Domingo de Orueta y Duarte, alumno por entonces de la Escuela de Minas y hoy ingeniero aventajado de este nombre, heredero de las nobles aficiones y glorias de su padre, nuestro excelente é inolvidable compañero.»

*Datos biográficos concernientes á la vida y trabajos científicos del geólogo D. Domingo Orueta* tituló su autor don Agustín Prolongo la conferencia necrológica leída en la sesión del 21 de Noviembre de 1895, en que á más de la galanura del doctor dicente, nos perpetúa la grata memoria del sabio y querido consocio biografiado á quien se refieren.

Desapareció también de entre nosotros, en 1902, dejando un hueco difícil de llenar, tras larga y fructífera vida dedicada á las ciencias físicas, políticas y médicas, el Ilmo. Sr. D. Manuel Casado y Sánchez de Castilla, Senador del Reino, fundador y arduo defensor del progreso y engrandecimiento de esta Sociedad, varias veces su Presidente, donante de obras y ejemplares para nuestra Biblioteca y Museo y autor de variadísimas obras científicas.

Instituyó como memoria testamentaria la donación de 168 volúmenes cuya posesión debemos á la liberalidad de su señora viuda que puso á nuestra disposición este legado, el cual

figuró bastante tiempo en nuestra Biblioteca en departamento coronado por el nombre del ilustre donante.

## SEGUNDA ÉPOCA

### **Nuevo Reglamento**

La vida lánguida que arrastró nuestra Sociedad desde la muerte de su campeón D. Domingo Orueta y Aguirre, dió lugar á que entre algunos de sus elementos se agitase el deseo de inyectar corrientes nuevas al dormido organismo que lo sacasen del letargo y resurgiese con más potentes manifestaciones á la vida cultural para llenar del mejor modo la misión que se impuso al nacer. Estos deseos cristalizaron después de algunos años de vacilaciones en la sesión del 9 de Diciembre de 1909 cuando por 18 votos y 5 en blanco se eligió la siguiente Junta Directiva:

Presidente: D. Manuel Jiménez Lombardo.

Vicepresidente: D. Agustín Prolongo.

Secretario 1.º: D. Manuel Loring y Martínez.

» 2.º: » Rafael Ximénez de la Macorra.

Tesorero: D. Basiliso García de Alcaraz.

Bibliotecario: D. Alberto Jiménez Fraud.

Vocal: D. Antonio Caffarena Lombardo.

» » Jorge M. Lindell.

Esta Junta Directiva penetrada de la necesidad de dar entrada en nuestra Sociedad á todos los elementos científicos que pudieran contribuir al mayor desarrollo de la cultura malagueña, estudió las bases de un nuevo Reglamento, nombró una ponencia que se encargara de la reforma y quedó éste aprobado tras maduro examen y discusión en la sesión celebrada el 21 de Enero de 1911, desde la cual se llama *Sociedad Malagueña de Ciencias*.

### **Reformas en el local**

Instalada esta Sociedad en local propio desde el 15 de Diciembre de 1877 en los bajos de la Escuela Normal de Maestros de Málaga, contó, durante muchos años, sólo con

el Salón de Sesiones y Museo, á cuyo extremo y separado por un tabique había un pequeño departamento destinado á Secretaría y Biblioteca, quedando en el extremo opuesto un gran espacio inservible que se destinaba á habitación del Conserje.

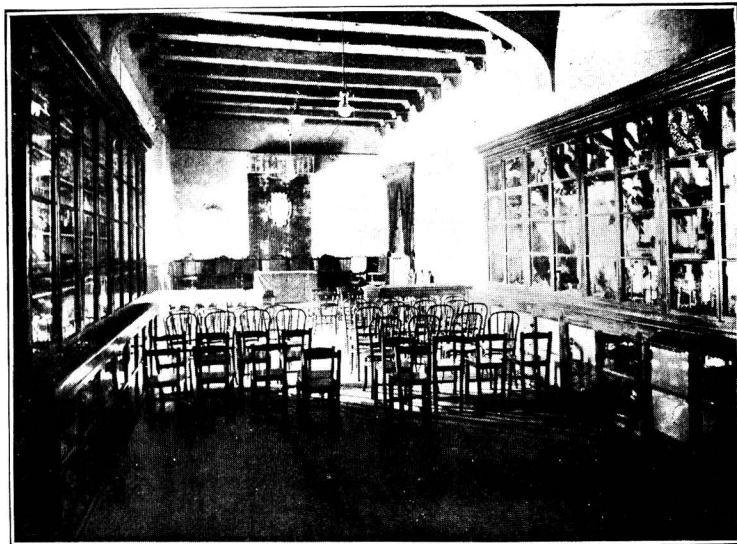
Los nuevos elementos directores pensaron acertadamente que el primer paso á dar en nuestro renacimiento era adecentar y ampliar nuestra instalación: precisábase un local apropiado para Biblioteca, otro para Secretaría, dependencias, etcétera, al par que era necesario ampliar el salón de actos separando de él aquello que no encajara en el objeto á que se destinaba. Todo tuvo feliz ejecución en Mayo de 1911, mes en que se inauguró la nueva Biblioteca instalada en las habitaciones que antes fueron vivienda del Conserje, y á la Junta Directiva presidida por el Sr. D. José Rodríguez Spiteri cupo la satisfacción de ver coronados sus afanes y trabajos con mejora tan importante. Constan las ampliaciones hechas entonces en un espacioso salón con estantería y mesa de lectura capaz para doce personas, otro salón amueblado para celebración de Juntas y desahogo de la Biblioteca, un vestíbulo para Conserje y guardarropa y un pequeño departamento para lavabo y W. C., todo ello con luz y ventilación directa á la calle de San Telmo.

Por último, nuestro Salón de Sesiones, decorado y artesonado con arreglo á un gusto severo al par que exquisito, necesitaba en primer lugar ser ampliado, derribando el tabique que lo separaba de la antigua Secretaría, variar la tribuna al extremo opuesto para mayor orden de las sesiones públicas y comodidad del conferenciante, seleccionar y ordenar los estantes donde se exhiben las colecciones mineralógicas, mejorar la instalación de alumbrado y renovar la pintura de sus muros. Mejoras todas hechas en los pasados años de 1914 y 1915 bajo la presidencia del Ilmo. Sr. Conde de San Isidro don Leopoldo Werner y M. del Campo. Con objeto de dar una idea más cabal de cuanto llevamos dicho, se acompañan los adjuntos grabados.

SOCIEDAD MALAGUEÑA DE CIENCIAS



UN ÁNGULO DE LA BIBLIOTECA



SALÓN DE ACTOS



## Conferencias

Comienzan éstas en Enero de 1910 y se dan en todo el año hasta veintitrés, sobresaliendo una entre ellas de don Manuel García Morente (hoy catedrático de la Universidad Central) y otra del eminente filólogo D. Julio Cejador.

En los años sucesivos se cuentan la velada necrológica en honor de Rodríguez de Berlanga, donde se distinguió notablemente el Sr. Nicolás, Fiscal de esta Audiencia, la conferencia sobre *Oceanografía*, por D. Odón de Buen y la de D. José Castillejo sobre *Educación de la Juventud española*, todas ellas en 1911.

En 1912 oímos la cálida palabra del Diputado á Cortes y catedrático del Instituto de Barcelona D. Hermenegildo Giner de los Ríos y un notable trabajo del eminente ingeniero de Minas D. Lucas Malladas sobre *Geología de la provincia de Málaga*.

En 1913 desfilaron por nuestra tribuna personalidades tan salientes en la política y en el saber como D. Rafael Salillas, don Eduardo Ortega y Gasset y D. Luis de Armiñán, cerrándose brillantemente el ciclo de conferencias de aquel año con un amenísimo y elocuente discurso de D. Domingo de Orueta y Duarte sobre *Preliminares á un estudio geológico de la Serranía de Ronda*.

Interrumpidas durante 1914, á causa de las obras ejecutadas en el Salón de Sesiones, reanudáronse las conferencias en el pasado año cuando tuvimos el gusto de oír á la cultísima Directora de la Escuela Normal de Maestras, Srta. Teresa Aspiazu, que nos deleitó sobre manera con su disertación titulada *Libros y niños*.

Por último, en este mismo volumen pueden gustarse las frases llenas de fe y sinceridad que ha pocas semanas nos dirigió el ilustre geólogo, gran patriota y gloria de la Ingeniería española D. Domingo de Orueta y Duarte, digno continuador y emprendedor de los méritos de su padre y el ameno trabajo literario que nos leyó el ilustre académico de la Española D. José Ortega y Munilla.

## Boletín

En los primeros tiempos de la Sociedad publicáronse unos *Anales* donde van incluidos las conferencias, discursos y discusiones que tuvieron lugar por entonces. La Junta Directiva de 1910 en su afán de divulgar por todos los medios posibles la labor de la Sociedad de Ciencias, pensó en continuar aquella obra y en la sesión del 3 de Febrero de dicho año se acordó la publicación mensual de un boletín en el que se inserten las conferencias dadas durante el mes, artículos, notas de interés, datos meteorológicos y estadísticos de la provincia, etcétera. Este boletín que vino publicándose regularmente durante treinta y dos meses forma una colección que encierra todas las conferencias dadas en ese espacio de tiempo, más algunos trabajos extraordinarios.

Suspendida la publicación por razones económicas, hoy sale de nuevo á luz con plan de vida distinto al que antes lo informara; de aquí en adelante será una publicación aperiódica, es decir, saldrá siempre y cuando haya motivos especiales para su edición y con el número de páginas que precise el original disponible.

## Socios honorarios

La Sociedad Malagueña de Ciencias, fija en un artículo de su Reglamento que otorgará el título de socios de honor á las diez personas que por sus conocimientos y demás circunstancias personales merezcan, á juicio suyo, esta distinción. Los nombramientos tendrán lugar en Juntas generales extraordinarias convocadas con este objeto. Han ocupado estos puestos los señores que se expresan á continuación:

Don José Echegaray, nombrado en 26 de Enero de 1905.

Don Santiago Ramón y Cajal, en 4 de Marzo de 1905

Don Salvador Calderón y D. José Muñoz del Castillo, en 22 de Septiembre de 1906.

Don Augusto Krahe, en 8 de Abril de 1910.

Don José R. Carracido, en 2 de Mayo de 1910.

Don Federico Gamboa, Presidente de la Sociedad para el

cultivo de las Ciencias y las Artes de México en 6 de Octubre de 1910.

Don Odon de Buen, en 1 de Diciembre de 1910.

Don José Gálvez Ginachero, en 11 de Enero de 1912.

Don Lucas Malladas, en 6 de Abril de 1912.

En sesión de 3 de Agosto de 1911 se dá cuenta del fallecimiento de D. Salvador Calderón y, su discípulo D. Enrique Laza, pronuncia elocuente discurso necrológico en elogio del finado.

La vacante del Sr. Calderón fué ocupada por D. Domingo de Orueta y Duarte, en sesión de 3 de Febrero de 1916.

## Material científico y Biblioteca

Las colecciones que nos legaron nuestros predecesores se conservan debidamente clasificadas y catalogadas, así como los numerosos aparatos de experiencias, aumentado todo ello con una magnífica carta en relieve de la provincia de Málaga, cuya posesión debemos en su mayor parte á la liberalidad del doctor D. José Gálvez Ginachero, nuestro socio honorario.

La Biblioteca, hoy con el catálogo en vías de terminación, cuenta aproximadamente con 3.000 volúmenes, entre los cuales se encuentran obras de consulta tan apreciadas como:

*La Revue Scientifique*, desde 1884.

*El Journal de Pharmacie et de Chimie*, desde 1880.

*La Farmacia Española*, desde 1877 hasta 1908.

*Le Genie Civil*, desde 1912.

*La Enciclopedia Química*, de Fremy.

*El Diccionario Químico*, de Wurtz.

*El Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*. Donado por D. Enrique Laza.

*Memorias de la R. A. de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid*.

*Boletín de la Comisión del Mapa Geológico de España*.

*La Enciclopedia Matemática*, publicada bajo los auspicios de las Academias de Ciencias de Gottinga, Leipzig, Munich y Viena.

*La Biblioteca Terapéutica*, de Gilbert y Carnot.

*Las Memorias del Instituto Geográfico y Estadístico*.

*Publicaciones de la Asociación Española para el progreso*

*de Ciencias, del Centro de Estudios Históricos y de la Residencia de Estudiantes.*

*Anales de la Junta para ampliación de estudios.*

*Anales de la Royal Irish Academy de Dublin.*

Y tantas otras de cultura general de autores tan esclarecidos como Darwin, Haug, Ramón y Cajal, Costa, Castelar, Schmidt, Malladas, Calderón, etc., etc.

Esta Biblioteca se halla abierta mañana, tarde y noche á disposición de los señores socios, los cuales encontrarán en lugar visible de ella el Reglamento para su régimen interno.

La Sociedad Malagueña de Ciencias, recibe revistas y otras publicaciones periódicas, cuya enumeración ocuparía mucho lugar en esta somera reseña.

No terminaremos estas notas sin consignar aquí del modo más efusivo nuestro profundo reconocimiento á las entidades que nos han ayudado siempre en nuestra labor como son: la R. A. de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid, la Sociedad para el cultivo de las Ciencias y las Artes de México, la Academia de Ciencias de la Habana, el Instituto de Radiactividad, la Junta para ampliación de estudios, la Asociación Española para el progreso de las Ciencias, la Universidad Literaria de Granada, el Instituto, Cámara de Comercio, Ayuntamiento, Diputación Provincial y Asociación de la Prensa de Málaga, dejando para último lugar, por ser el favor más reciente que nos han hecho, la mención del donativo de 2.000 pesetas que nos confiere el Ministerio de Instrucción Pública por mediación del Comisario Regio de Seguros y Diputado á Cortes D. Luis de Armiñán.

Febrero 1916.



## Acta de Enero

En la ciudad de Málaga á 6 de Enero de 1916 se reunió en Junta general ordinaria la Sociedad de Ciencias con asistencia de los Sres. Werner, Laza, Navarro (D. Eduardo J.) Rodríguez

Spiteri, Jiménez Lombardo (D. Manuel), Mañas, Loro, Alas Pumaríño, Sanz Egaña y Rísquez.

Se lee y aprueba el acta de la sesión anterior.

El Sr. Presidente da posesión á la nueva Junta Directiva y manifiesta, que la labor de la Sociedad durante el año que concluye, no ha podido ser todo lo intensa que él hubiera deseado, esperando que la nueva Junta será más afortunada.

Toma posesión la nueva Junta Directiva y en su nombre el Presidente entrante da las gracias á sus consocios por el gran honor que le dispensan al elevarlo á un puesto adonde no trae más que su reconocido amor y entusiasmos por la Sociedad. Hace resaltar la merítisima labor del Presidente saliente Iltmo. Sr. D. Leopoldo Werner y la gratitud que esta Sociedad debe guardarle por su gestión y pide á la Junta un voto de gracias, que fué concedido por unanimidad para la Directiva saliente y en especial para el Sr. Werner.

Los otros miembros de la Directiva hacen manifestaciones análogas.

## **NUEVOS SOCIOS**

El Sr. Laza presenta á los señores

### **Numerarios:**

- Don José Huelin Sanz.
- » José Luis Maisterra.
- » Juan de Dios Molina.
- » Emilio Muñoz Desloge.
- » Pedro Sotorrio.
- » Enrique van Dulken.
- » Eugenio Marquina.
- » Félix López Uralde.
- » Juan Heredia Gómez.

### **Corresponsales:**

- Don Paulino Fernández Martos.—Melilla.
- » Julio Bascuñana.—Cádiz.
- » Francisco de las Barras.—Sevilla.
- » Pedro Martínez de Torres.—Sevilla.
- » Alberto Jiménez Fraud.—Madrid.

- Don Francisco Masip.—Madrid.  
» Ricardo de Orueta.—Madrid.  
» Francisco Téllez Ducoin.—Cádiz.  
» Alvaro del Busto.—Madrid.  
» Luis Siboni.—Madrid.

**Altas:**

- Don Alfonso Pogonoski.  
» Antonio Sánchez Balbi.

Las dos Juntas Directivas, saliente y entrante, proponen como Socio de Honor al Sr. D. Domingo de Orueta en atención á sus merítisimos trabajos y al abolengo que tiene en esta Sociedad donde su nombre fortalece el recuerdo de su inolvidable padre.

A propuesta de la Presidencia se acuerda solicitar del Excmo. Ayuntamiento la apertura de un hueco y colocación de una puerta en la fachada que da á la calle de San Telmo.

Pide la palabra el Sr. Jiménez Lombardo (D. Manuel) para hacer saber á la Sociedad que los trabajos para la carta en relieve de la provincia de Málaga, debido á la generosidad del socio de honor D. José Gálvez Ginachero, se encuentran bastante adelantados, estando casi terminado el plano con curvas de nivel. Manifiesta que el presupuesto primitivo de 2.000 pesetas, al que dió su conformidad el donante es reputado insuficiente por los encargados de la labor y propone diversos medios para que la Sociedad, sin perder sus derechos y conservando la propiedad oficial, deje margen á los ejecutores para cubrir el déficit. Los Señores Werner y Rodríguez Spiteri toman parte en la discusión técnica y el Sr. Laza, resumiendo los pareceres, propone que se comisionen á los señores Werner, Jiménez Lombardo y Rodríguez Spiteri para buscar la fórmula y llevarla á la práctica, á fin de que no queden lesionados los intereses de la Sociedad y sus derechos sobre dicho plano, así como llenar los trámites legales que garanticen la propiedad sobre dicho trabajo.

El Sr. Presidente, D. Enrique Laza, usa de la palabra para manifestar una vez más su gratitud por lo que reputa inmerecido honor de elevarlo á la Presidencia, que acepta confiado en la valiosa ayuda de sus compañeros de Directiva.

El Sr. Rodríguez Spiteri pide la palabra para recordar

al Sr. Laza que, cuando aquél tuvo el mismo honor de ser nombrado Presidente, éste le interpelló diciéndole: ¿Cuál es el programa de Su Señoría? En reciprocidad el Sr. Rodríguez Spiteri hace la misma pregunta: ¿Cuál es el programa del señor Laza?

El Sr. Presidente resume sus propósitos en los siguientes anhelos:

Crear el ambiente científico en Málaga por una labor perseverante tanto individual como colectiva.

Hacer una labor de extensión científica, de expansión de cultura hacia los otros centros, entidades, sociedades y escuelas, verdadero trabajo de apostolado científico dentro de la población. Esta labor sería principalmente dirigida á las escuelas nocturnas de Málaga y á las escuelas de la provincia alentando á los niños en el amor á las ciencias exactas, físicas y naturales.

Y por último con la entrada en la Sociedad y en la Directiva de elementos tan valiosos como el Sr. Loro podemos contar con un desenvolvimiento verdaderamente científico del Museo de la Sociedad.

No habiendo más asuntos de que tratar se levantó la sesión.



## Acta de Febrero

En la ciudad de Málaga el día 3 de Febrero de 1916 se reunió en Junta general ordinaria la Sociedad de Ciencias bajo la presidencia del Sr. D. Enrique Laza y con asistencia de los Sres. Jiménez Lombardo, Mañas, Alas Pumariño, Rodríguez Spiteri, Gómez de la Bárcena, Ruiz Gutiérrez, Loro, Rey, Cepas (D. Ernesto), Sánchez Balbi, Molina, Marquina, Brioso, Cabello, Heredia y Sanz Egaña. Se lee y aprueba el acta de la sesión anterior.

El Sr. Presidente antes de entrar en la orden del día da la bienvenida á los Sres. Molina, Heredia y Marquina, nuestros nuevos compañeros, esperando nos ayuden, con su valioso esfuerzo, á la realización de la labor social. Dichos señores

agradecen esas frases de la Presidencia y prometen su colaboración.

Fueron presentados los siguientes socios, cuya propuesta fué aprobada por la Junta:

Señorita Teresa Aspiazu, D. Rafael Lozano, D. Jaime Parladé, D. Antonio Albendín, D. Antonio Ballesteros, señor Marqués de Casa-Loring, D. Antonio de Burgos Maesso, don Antonio Villar Urbano, Excmo. Sr. D. José Alvarez Net, don Federico Berrocal Dörr, D. Manuel Morel Jiménez, don Manuel Sell Guzmán, D. Diego Martín Rodríguez, D. Juan Menéndez Campillo, D. Juan Heraso, D. Rafael Pérez Bryan, don Enrique Leal del Pino, D. Evan Marvier, Sr. Conde de Villapadierna, D. Ricardo López Barroso, D. Antonio Quintero Cobo, D. Rafael Ramírez Rivas, D. Antonio Baca Aguilar, don Juan Molina Fernández, D. Esteban Pérez Bryan, D. José Cabanillas Sánchez, y D. José Rieumont.

Fueron dados de alta los Sres. D. Salvador González Anaya, D. Rafael Pérez Montaut y D. Rafael Fenech y Cordonie.

El Sr. Presidente expone las manifestaciones hechas por el Sr. Ghiara quien no puede desempeñar la Tesorería de la Sociedad por tenerse que ausentar con frecuencia de la capital. Para ocupar dicha vacante propone al Sr. Ruiz Gutiérrez y la Junta así lo acuerda.

También manifiesta la Presidencia que, en cumplimiento de acuerdos adoptados en la sesión pasada, se ha solicitado del Excmo. Ayuntamiento la apertura de la puerta á la calle de San Telmo y se ha dirigido al Rectorado de Granada una comunicación solicitando extensión universitaria, comunicación que fué leída por el Sr. Secretario.

Hace presente á la Junta la necesidad de reformar el local social en el sentido que se ha hecho y pide su aprobación para la labor realizada. Así se acuerda añadiendo un voto de gracias á la Presidencia por estos trabajos y por los anticipos realizados para facilitar la rápida ejecución de dichas reformas.

Anuncia que se han renovado las suscripciones de revistas y que, requerido por la Presidencia de la Asamblea de Corporaciones para el estudio de un programa-proyecto de festejos para la próxima primavera, expuso que la Sociedad

podrá cooperar con una labor de conferencias sobre asuntos que interesan á la provincia.

Pone de relieve la necesidad de reanudar la publicación del BOLETÍN de la Sociedad siempre que haya una labor interesante que divulgar.

Todas estas manifestaciones y gestiones de la Presidencia son aprobadas por unanimidad y acogidas con gran satisfacción por la Junta.

### COMUNICACIONES

De los Señores Dorronsoro, Martínez Torres, Jiménez Fraud y de las Barras de Aragón, agradeciendo sus respectivos nombramientos de socios corresponsales.

Otra del Sr. Carracido de cortesía á la Junta Directiva.

Otra del Sr. D. Ricardo Orueta preguntando si la Sociedad piensa laborar por que se coloque una lápida en la casa en que vivió Mena. La Junta acuerda que el Sr. Secretario presente la oportuna contestación, en forma de propuesta, para la próxima Junta.

Y no habiendo más asuntos de que tratar, se levantó la sesión.



## Sesión Extraordinaria

3 de Febrero de 1916

En la ciudad de Málaga á 3 de Febrero de 1916 se reunió en sesión extraordinaria la Sociedad Malagueña de Ciencias, bajo la presidencia del Sr. Alcalde D. Salvador González Anaya y con asistencia de los Sres. Laza, Cabello, Rodríguez Spiteri, Gómez Díaz, Rivera Valentín, Jiménez Lombardo (don Manuel y D. Francisco), Reina, Werner, López, Echecopar, Ruiz Gutiérrez, Brioso, García Herrera, Rico Robles, Gómez de la Bárcena, Mérida Ballesteros, Rey, La Muela, Marín Sell, Cepas (D. José y D. Ernesto), Campos, Ortiz Villajos, Vallejo, Alas Pumariño, Mañas, Loro, Huelin Sanz, Maisterra, Molina, Van Dulken, Marquina, Pogonoski, Sánchez Balbi, Parladé, Marqués de Casa Loring, Alvarez Net, Menéndez Campillo,

Heredia Gómez, Marvier, Conde de Villapadierna, Quintero Cobos y Sanz Egaña.

Como invitados asistieron los Sres. Ortega Munilla, Armiñán y Gómez Llombart.

El Sr. Alcalde abre la sesión.

El Secretario general lee la propuesta de la Junta para que se nombre socio de honor á D. Domingo de Orueta Duarte, que dice así:

### Sociedad Malagueña de Ciencias

Teniendo en cuenta las eminentes publicaciones y descubrimientos científicos realizados por D. Domingo de Orueta y Duarte, Ingeniero de Minas, Miembro de la Real Academia de Ciencias, etc., y las circunstancias especiales que en él concurren en relación con nuestra Sociedad, de todos bien conocidas, la Junta Directiva de la misma, ratificando acuerdos de la que actuó durante el año 1915, tiene el honor de proponer á la Junta general extraordinaria, convocada con arreglo á las disposiciones de nuestro Reglamento, que acuerda por aclamación sea designado como socio honorario de la misma á tan merítisima personalidad científica.

Salón de actos á 3 de Febrero de 1916.—(Siguen las firmas.)

Se leen telegramas y adhesiones de varias personalidades de Madrid, Granada, Sevilla y Málaga y son los siguientes:

### Telegramas de adhesión recibidos

Ruégole haga constar mi voto en honor insigne Orueta.—  
Odon Buen.

★ ★ ★

Envían adhesión entusiasta homenaje Orueta.—Cajal,  
Castillejo.

★ ★ ★

Adherido con entusiasmo nombramiento socio honorario  
sabio malagueño Domingo Orueta.—Carracido.

★ ★ ★

Sección Sevilla Sociedad Historia Natural acuerdo unánime  
felicitar ingeniero Orueta ocasión acuerdo Sociedad Ciencias,  
Presidente, Socios, Secretario.

★ ★ ★

Agrupación excursionistas Sevilla acuerdo unánime saludo entusiasta descubridor yacimientos platino eminente Orueta, nombramiento socio honorario Sociedad Ciencias, Presidente, Secretario, Socios.

★ ★ ★

Sevilla.—Testimonio admiración amistad eminente Orueta con ocasión nombramiento socio honorario Sociedad Ciencias.—Barras.

★ ★ ★

Madrid.—Adhiérome nombramiento socio de honor sabio ingeniero Domingo Orueta y felicito por ello esa docta Corporación.—Augusto Krahe.

★ ★ ★

Madrid.—Enrique Laza. —Presidente Sociedad Ciencias.—Adhesión entusiasta nombramiento Domingo Orueta.—Alberto Jiménez.

★ ★ ★

Madrid.—Enrique Laza.—Presidente Sociedad Ciencias.—Unóme con todo afecto distinción merecidísima á Domingo Orueta.—Marqués Palomares.

★ ★ ★

Granada.—Laza.—Presidente Sociedad Ciencias.—Facultades, Farmacia y Ciencias se adhieren homenaje esa Sociedad Domingo Orueta, Decanos.—Dorronsoro, Nacher.

## ADHESIONES

Don Juan Guillermo Bolín.

- » Antonio de Burgos Maesso.
- » Antonio de Linares Enríquez.
- » José Gálvez Ginachero, socio de honor.
- » Baldomero Ghiara.

Usa de la palabra el Sr. Rodríguez Spiteri quien nos traza en elocuentes párrafos la interesante biografía anecdótica del señor Orueta, recordando su labor científica, paralelamente á sus dotes de carácter y á los rasgos de su personalidad.

El Sr. Ortega y Munilla leyó un hermoso discurso dedicado asimismo á reseñar la notable labor científica de D. Domingo de Orueta, en el cual, el ilustre académico de la Lengua, hizo gala de sus relevantes dotes de literato.

El Sr. Presidente de la Sociedad lee una nota resumiendo la importancia de los estudios y descubrimientos del Sr. Orueta y proponiendo que por aclamación se haga el nombramiento de socio de honor á favor del ilustre geólogo. Así se acuerda.

También propone el Presidente, y acuerda la Junta, se envíen telegramas á S. M. el Rey por el decidido apoyo que presta á la labor del Sr. Orueta y á este participándole el nombramiento.

Dice así el telegrama, dirigido al Mayordomo Mayor de Palacio, dando cuenta del acto:

«Al nombrar Sociedad Malagueña de Ciencias miembro honorario á nuestro ilustre paisano ingeniero Domingo Orueta, acordó igualmente rogar á V. E. transmita á S. M. reconocimiento sincero por protección concedida á tan ilustre sabio.»

Y no habiendo otros asuntos de que tratar, el Sr. Alcalde levantó la sesión.



## Discurso de D. José Rodríguez Spiteri

Sólo á título de amigo de la niñez y compañero de Domingo Orueta y por ser el ingeniero más antiguo de los residentes en Málaga, he sido invitado por la presidencia para tomar parte en esta sesión en honor del insigne Orueta. ¡Qué contraste entre los recuerdos alegres y cálidos de la niñez y los deberes austeros y fríos del decanato de los ingenieros malagueños! ¡Qué momento más álgido y sugestivo para hablaros del niño, del estudiante y del ingeniero! ¡Qué bien cuadraría, para presentaros las múltiples y brillantes facetas de la vida de *Chomín*, una palabra elocuente y sugestiva! Como lamento por vosotros, por mí y, muy especialmente por él, ser yo el encargado de deciros algo acerca de personalidad tan excepcional como la del que aquí nos congrega.

Plagiando un verso célebre diré con toda la sinceridad de mi alma: «¡Quién supiera hablar!» Lo distintivo y característico de Orueta fué la voluntad y el carácter; de muchacho se

distinguió por su energía y por sus arrestos. Buena prueba de ello la tenemos en la serie de audacias y travesuras que realizara en Alora donde pasaba grandes temporadas con sus padres y abuela, la que lo mimaba y consentía tanto, que llegó á hacer de *Chomín* un niño voluntarioso y mal criado y á determinar los rasgos peculiares de su personalidad en sus primeros años.

Como anécdotas de esa etapa de su vida aloreña, recuerdo que un día que estaba cazando palomas se le presenta la pareja de la guardia civil interponiéndose entre él y el bando sobre que apuntaba *Chomín*; no se arredra y descarga con fruición su escopeta haciendo una hermosa carambola de palomas y guardias, que le valió los justos reproches que son consiguientes, al presentarse el guardia herido con los perdigones que se extrajo de la cara y cuello envueltos en papel, para que la abuela los conservara como recuerdo de la audacia de su adorado nieto.

Sus desmanes en todo orden eran tantos, tal su falta de respeto á la propiedad y tanta su afición á castrar las colmenas de todo el término, que el alcalde pensó seriamente en imponerle un correctivo. De los planes de la autoridad se entera el propio *Chomín* y responde á la amenaza yendo en unión de algunos compañeros de razzias á castrar, provisto de sus correspondientes guantes y careta, las colmenas del propio alcalde. Al dar el ataque se presenta el temido alcalde con su cohorte de guardas y corchetes y en tan apurado lance opta *Chomín* por derribar las colmenas, ahuyentar las abejas, dando lugar á que huyese despavorida la autoridad local con toda su mesnada.

Era ya tanta la fama de *Chomín* en toda la comarca, que el propio alcalde, el temido monterilla, se decidió á presentarse en la finca de la familia de Orueta no tanto á dar quejas por las travesuras de *Chomín*, como por la curiosidad y aun simpatías que le inspiraba el pequeño Atila. Y, una buena mañana, monta en su potro serrano y se encamina á la casa de Orueta.

Al llegar á la explanada de la estación encuentra á un mozalbete al que con voz imperativa y despótica ordena coja el caballo y lo vigile ó ate hasta que él, el señor de la comarca, haga la visita y emprenda el regreso al lugar.

La contestación con que rechazó el mandato el mozalbete

fué tan enérgica, insolente y hasta grosera, que no me atrevo ni aún á insinuarla en este momento. El alcalde, lleno de estupor y asombro, dijo: «Tu eres *er Chomín*, sólo *Chomín* puede en esta tierra decirme ló que acabo de oír. Ya te he conocido y he visto lo que quería.»

Orueta, como estudiante, siguió un plan y marcha en sus primeros años muy distinto de lo que ordinariamente se practica.

Empezó á estudiar química con un notable profesor, creo que se llamaba D. Dionisio Roca, sin finalidad académica, sólo para aprender, para saber química. Estos estudios y los de geología en los que lo inició su padre, el eminente D. Domingo, uno de los fundadores de esta Sociedad, marcaron ya rumbo y encauzaron la marcha de *Chomín* como estudiante.

Allá por el año 70 y tantos—no recuerdo exactamente la fecha—se fundó en esta ciudad una academia para la preparación de carreras especiales dirigida por el inolvidable Sancha y con la colaboración de los ilustrados ingenieros de Caminos don Luis Molini y D. Manuel López Martín.

Allí acudimos un corto número de malagueños, entre los que se contaba Orueta, y allí dimos nuestros primeros pasos en la ciencia matemática.

Todos los que allí comenzamos nuestros estudios alcanzamos nuestro objetivo y de allí han salido ingenieros tan notables como Aubarede y Orueta, artilleros distinguidísimos y otros que cumplieron como buenos en sus respectivas profesiones. Aun recuerdo con delectación aquellos días en que en la casa de Sancha, la morada del ingeniero artista, hacíamos nuestras primeras armas en la ciencia. De aquel patio lleno de luz y de arte, antesala de las aulas; de aquel jardín en el monte que embelleció Sancha con sus destellos geniales, puedo decir, con el poeta.

¡Cuán hondo surco en mi mente labra!

Lo que empezó siendo santuario de la ciencia es hoy casa de Dios, por haber pasado á manos de una comunidad religiosa. Así tenía que ser.

De allí partimos con distintos rumbos. *Chomín* ingresó en la Escuela de Minas terminando la carrera con una brillantez extraordinaria, siendo el número uno de su promoción, una

de las más brillantes de tan distinguido Cuerpo, y con una calificación de las más elevadas.

Al ser ingeniero prefirió dedicarse á la industria, más bien que á desempeñar cargos burocráticos, y vino á nuestra Málaga á dirigir la Ferrería de Heredia.

La falta de elementos y las dificultades propias de una empresa tan compleja y difícil, le hicieron abandonar nuestra tierra y dirigirse al Norte donde radican los centros industriales más importantes de España.

Allí triunfó como era de esperar y después de dirigir empresas y compañías de las más importantes de Asturias se se dedicó á la industria cosechando en sus negocios honra y provecho.

La lucha entre patronos y obreros era en Gijón, centro en que se estableció, de una intensidad y agudeza extraordinaria. A una agrupación y sindicación de los obreros tan poderosa que parecía había de arrollarlo todo hubo que oponer una resistencia excepcional, una asociación de patronos, que si antes no había tenido virtualidad y eficacia, era porque carecía del hombre que la dirigiese.

Este fué *Chomín*; y así se encontraron las embravecidas olas del sindicalismo y sectarismo obrero con la roca firme y enhiesta de la asociación patronal á la que Orueta prestaba toda la decisión, toda la energía de que él era capaz.

Sobrevino el choque y de él surgió una mano alevé y criminal que atentó contra la vida de nuestro querido paisano.

La figura excelsa de Orueta necesitaba para destacarse más, una nota de color, un rasgo pasional y éstos los puso el que hizo correr su sangre generosa, hiriéndole cobarde y vilmente por la espalda.

A pesar de sus múltiples ocupaciones, aun tiene Orueta tiempo, alientos y entusiasmos, para emprender estudios y trabajos científicos de los más altos vuelos; prueba de ello son sus investigaciones micrográficas y sus memorias y conferencia sobre aplicaciones de la luz ultra violeta y aun para una campaña de estudios geológicos y petrográficos en la serranía de Ronda.

Estos le atraían sobre manera, no sólo porque existían divergencias acerca de la naturaleza de las rocas que integran la masa hipogénica de la serranía, sustentada una opinión por

los notables geólogos Max Pherson y Orueta (su padre) y otra por los ilustres petrógrafos franceses Levy y Bergeron, sino porque esta curiosísima formación radica en Málaga, su provincia natal, patria chica, hacia la que siempre convergían sus cariños y anhelos.

Solicitó y obtuvo una comisión del Instituto Geológico para hacer un detenido estudio de la expresada serranía, y á ella vino—no recuerdo bien si en el invierno ó primavera del año 1913 ó 1914—comenzando por Alora, lugar de sus proezas infantiles, cuyo sólo nombre añora los recuerdos más gratos de su vida y allí en la Sierra de Aguas, extremo oriental de la famosa formación hipogénica, empieza *Chomín* su campaña que tanta resonancia había de tener y de la que han surgido tan halagadoras esperanzas. Allí comienza su labor notabilísima en plena madurez—pues ya había cumplido los 50 años—, pero con su habitual entusiasmo y aun vigor y unas energías físicas tales que al verlo trepar por rocas y vericuetos exclama uno de los guías que lo acompañaban: *pero esto no es un señorito, esto es un águila.*

Recorrió toda la serranía; subió á sus cumbres; se internó en sus intrincados y profundos valles; recogió tal número de ejemplares de minerales y rocas, que del estudio ínsito y de su concienzuda labor de gabinete, surge clara y diáfana la luz que ahuyenta las incertidumbres y sombras que velaban hasta hoy el conocimiento exacto de la Geología de esta singular región de nuestra provincia.

Estudio tan detallado y profundo le hizo ver la semejanza, la identidad petrográfica de la serranía de Ronda con la masa de Taguilsk, en los montes Urales, en cuya masa se explota y obtiene la mayor parte del platino que se produce en el mundo; y así, por intuición científica, descubre el platino en la serranía de Ronda, del mismo modo que Le Verrier, por intuición matemática y como resultado de sus cálculos, descubre un nuevo astro en nuestro sistema planetario.

El éxito científico ha sido inmenso, pues de tan prolijos trabajos surge el codiciado metal que por su escasez y variedad de sus aplicaciones se estima y vale mucho más que el oro.

Queda ahora por apreciar si su abundancia y riqueza consiente una explotación remuneradora y, respecto á esta incognita, que sólo el tiempo y los trabajos metódicos de

exploración que se emprendan ha de despejar, ha hecho Orueta tan terminantes declaraciones que acreditan su previsión y honradez.

Si respecto al platino no hay conclusiones rotundas y categóricas, no ocurre lo propio respecto al cromo y al níquel que también ha descubierto en grandes proporciones nuestro ingeniero-geólogo y ello le hece concebir fundadas esperanzas de que puedan implantarse en la serranía fábricas que produzcan, el ferrocromo y el ferróníquel en cantidad suficiente para abastecer nuestras industrias militares.

Debemos, por tanto, á Domingo Orueta, á más del brillantísimo estudio geológico y petrográfico de la serranía de Ronda, el descubrimiento del platino, el cromo y el níquel en la misma. El primero podrá aportar riquezas sin cuento; los segundos podrán servir de base á industrias metalúrgicas que produzcan cañones y corazas que nos hagan fuertes y, en su consecuencia, respetados por todos y así podamos ver restaurados el poderío y grandeza de nuestra querida patria.

¿No son éstos títulos sobrados para que nos apresuremos á nombrar al ilustre Orueta miembro de honor de nuestra Sociedad de Ciencias? Yo así lo creo.

HE DICHO.



## Discurso del Sr. Ortega Munilla

SEÑORAS y SEÑORES:

Como no soy orador, había escrito lo que creía oportuno para corresponder al deseo de la Sociedad Malagueña de Ciencias y al de su ilustre Presidente D. Enrique Laza; pero he aquí que me veo obligado á hablar poniendo un proemio á mi trabajo. No contaba con ello. Pensaba sólo dirigiros la palabra pidiendo vuestra benevolencia para lo que luego había de leer y ahora me encuentro con que lo que debía pedir es el permiso para retirarme, sin daros á conocer lo que había redactado. ¿Por qué?..... Porque lo que yo había de

decir, ya está dicho. El Sr. Rodríguez Spiteri, en el admirable discurso que acabáis de oír, ha trazado la historia de Orueta de modo tan perfecto que merecerá el elogio de los doctos. Es esa vida digna de aquéllas que inmortalizó Plutarco, tanta es la vehemencia de la voluntad y tanto el brío de la inteligencia que brillan en el sabio ingeniero paisano vuestro. El retrato que habéis contemplado es digno del original.

Y el Sr. Rodríguez Spiteri ha agotado la materia. Él ha dicho lo que yo había escrito; pero se me ha anticipado y lo ha hecho con la suprema viveza que tiene el discurso, que nunca podrá ser equiparado á lo que se lee. Sirven estas palabras de explicación á la redundancia de datos que hallaréis en mis páginas. Este orador elocuentísimo ha sacado de sus recuerdos lo que yo he hallado en la conferencia que dió el Sr. Orueta en el Instituto de Ingenieros Civiles de Madrid y en varios artículos que la Prensa dedicó al gran minero.

Ahora bien; si ya lo ha dicho todo el Sr. Rodríguez Spiteri, y lo ha dicho tan bien, ¿para qué he de repetirlos yo? Sólo porque no parezca mi silencio una cobarde deserción, voy á molestaros leyendo.

Perdonadme y escuchad:

Cuando el ilustrado Presidente de la Sociedad de Ciencias de Málaga me invitó á cooperar al homenaje que esta noche se rinde al insigne ingeniero de minas D. Domingo de Orueta, no hizo sino recordarme una obligación que tenemos todos para con las glorias nacionales: el de reverenciarlas lo más acendradamente que nos sea dable, á fin de que sus nombres trasciendan en la admiración ciudadana.

Podía yo—debía, sin duda—renunciar al honor excesivo que se me dispensaba llamándome á tal cooperación.

No podía negarme á ser una nota del himno que el entusiasmo de colegas y discípulos del gran español entona á una de las glorias más puras de la patria. Por eso estoy aquí. Por eso oís mi voz, desprovista de autoridad.

Y es necesario que esto sea dicho antes de lo que luego he de decir.

¿Qué otra razón justificaría el que hablara entre los científicos el humilde escritor, ni cómo sería tolerable tal audacia?

Pero no temáis que yo invada las altas esferas del pensamiento en que vosotros vivís. La modestia de mi condición me marca el papel que aquí me está encomendado.

Lo que yo diga no será para vosotros, será para las muchedumbres, á las que no es otorgado penetrar en este recinto y que viven lejos de los estudios que os enaltecen. Será para los que no sepan aún quién es D. Domingo de Orueta, ni cual es la campaña en que está empeñado, ni la suma importancia de sus consecuencias, ni el inmenso alcance nacional de ella.

Y ni aun para esas masas indoctas podré decir todo lo que interesara por falta de competencia, de maestría y de tiempo. Baste con que estas páginas sean un excitador de la curiosidad, algo así como la voz que grita: «Fijáos. Ha ocurrido un suceso transcendental.»

Disculpad la torpeza en gracia á la intención.

El renombre de Orueta ha pasado las fronteras; ha llegado á las otras orillas del mar; inspira respeto á los maestros de la ciencia extranjera; es una de las pocas reputaciones españolas que han sido traducidas al idioma de la admiración universal.

Si á los indiferentes y distraídos, que abundan tanto por estas tierras del desdén, les hacía falta para dignarse otorgar su aplauso á Orueta, el que Londres, Berlín, Viena, París y Wáshington hubieran emitido su parecer acerca del ingeniero español, ya pueden romper el silencio de su altiva insipiencia; la fama ha venido de muy de muy lejos á coronar sus nobles sienes.

Para los que no siguen atentamente el curso de los progresos científicos, fué sorpresa de inefable emoción la conferencia que D. Domingo de Orueta expuso el 30 de Octubre próximo pasado en el Instituto de Ingenieros Civiles de Madrid. Con modestia simpática acudió este hombre insigne á dar cuenta á sus compañeros de los trabajos que venía realizando en la serranía de Ronda.

Tres años de esfuerzos inauditos, de persistentes análisis, de adivinaciones geniales, entregaron al tenaz rebuscador el secreto que por millares de siglos había guardado la abrupta cordillera Penibética.

Hasta 1885 se creyó que aquellas masas hipogénicas estaban formadas de «serpentinás».

En aquel año una comisión francesa, que había venido á Andalucía á estudiar los terremotos, de trágica memoria, opinó que las masas citadas eran de «noritas» y «lherzolitas».

Orueta, descubrió que las rocas de la serranía son «peridotitas» en excepcional estado de pureza.

Y sabiendo que las rocas similares de los montes Urales contienen platino, pensó nuestro sabio: «Si las «peridotitas» de aquellos montes son idénticas á las de la serranía, en éstas puede haber platino también.»

Ímprobos trabajos llevó á cabo por su cuenta, sin auxilio de nadie, imponiéndose gastos considerables, sufriendo molestias de todo género, para convencerse primero de la identidad de las rocas de uno y otro lugar y, después de averiguado, para hallar el platino en la cordillera española.

La fortuna premió estos anhelos indescriptibles.

Un día, en medio de aquella labor afanosa en la que el ingeniero ponía toda su ciencia, y el hombre toda su pasión inquiridora, encontraron sus ojos el metal codiciado. Él mismo cuenta en frases rápidas y vibrantes la palpitación de su ser, cuando vió confirmadas sus presunciones. Mas no se fió de lo que la propia observación le decía.

Apeló á ajenos testimonios y éstos confirmaron sus juicios. Otro se hubiera envanecido con el hallazgo; pero Orueta no perdió un instante su serenidad. Siguió hablando de lo que había visto, como de una hipótesis. No dijo nunca: «Esto es.» Dijo sólo: «Puede que sea.»

Ejemplo raro de mente y de voluntad: en aquélla late el pensamiento que desgarrá las nieblas de lo desconocido; en ésta se mantiene brioso un honrado querer. Luz en la inteligencia, hierro en la volición.

Apenas si apuntó en su conferencia datos como éstos. Los montes Urales vienen siendo casi el único criadero de platino del mundo.

De allí sale el 95 por 100 de la cantidad total que se elabora. El 5 por 100 restante sale del Brasil, de Canadá y de Colombia. Y en los Urales se está agotando; en los años 11, 12 y 13 el total de platino que se explotó en la tierra, fué de una tonelada.

Otro dato, que hace pensar en inmensidades de riqueza: la masa mayor de los montes Urales, la de Tanguilak, mide 10

kilómetros de largo, por 5 de ancho, unos 50 kilómetros cuadrados. La masa mayor de la serranía de Ronda mide 72 kilómetros de largo por 20 de ancho, unos 1.140 kilómetros cuadrados de superficie.

Pero después de anotadas estas cifras, Orueta continuó empleando el lenguaje de la duda. Su sinceridad, mejor aún, su modestia, impidió, que en el relato de su labor interviniera la fantasía; ni siquiera consintió que la fe, que ciertamente arde en su alma, se transparentara en una afirmación definitiva. Y siguió diciendo: «Es posible»... «Yo creo»... «¡Quién sabe!».

Admirable ejemplo de seriedad éste que da Orueta. Aquí donde la vanidad funda un dogma sobre la más liviana hipótesis, hay un hombre que no asegura ni aquello que ha averiguado por manera absoluta y entrega sus esfuerzos, sus sacrificios, sus aciertos, al criterio de los demás.

Tras la ciencia suma, aparece la suma honradez.

Y también aparece el desinterés, llevado á límites de abnegación sin par. Porque hubiera sido de legitimidad indiscutible, y de equidad inatacable, el que hubiese guardado para sí los beneficios de su hallazgo. La especulación sobre el secreto develado le correspondía en derecho y por el más severo concepto moral.

Orueta, según me dicen, es rico; pero hubiera sido fabulosamente millonario. Hubiérase convertido en uno de los hombres más poderosos de la sociedad.

Y eso lo habría conseguido por sí mismo, por sí solo, merced á su ciencia y á su trabajo, sin más que dejar que su descubrimiento diera el fruto natural.

No quiso que así fuera.

Él había ejecutado sus exploraciones con ocasión de trabajos geológicos y petrográficos que le fueron encomendados por iniciativa del Director del Instituto Geológico D. Luis de Adaro, prez del Cuerpo de Ingenieros de Minas; eso bastó para que la delicadeza exquisita del Sr. Orueta le obligara á prescindir de toda idea de beneficio personal. La riqueza que él había hallado debía ser de la nación; y su saber maravilloso, su esfuerzo incomparable, sus sacrificios sin tasa, quedaron unidos al espléndido regalo que un español hacía á España, como montura genial de joya valiosa.

Creen los profanos que los inventos de ciencia son obra de la casualidad.

Y sobre esta errónea suposición levantan leyendas que se extienden á través de las generaciones, para alivio y descanso de los perezosos.

Porque, en efecto, si es el azar el que ha descubierto la máquina de vapor y el pararrayos y la brújula, ¿para qué estudiar? ¿No será mejor, y desde luego más cómodo, encargar á ese Dios ciego el hallazgo de los secretos de la Naturaleza y la solución de los problemas que ante la humanidad se alzan como endriagos feroces, deteniéndola en el camino de la dicha?

El caso de D. Domingo de Orueta es una demostración evidente de que sólo el trabajo y el estudio vencen las dificultades que la Naturaleza nos presenta.

Aun el menos culto podrá apreciar la serie de estudios que fueron llevando al entendimiento de Orueta, la sospecha primero, la seguridad más tarde, de que en la serranía de Ronda existe el metal preciadísimo.

Un riguroso raciocinio, un recto encadenamiento de deducciones, un proceso intelectual severo, se desarrollaron en doctrinas que titubearon al comienzo y afirmaron después.

A la primera pregunta: «¿Habría platino en la cordillera Penibética?», siguió la afirmación de que lo había, como consecuencia, precisa, segura y cierta.

Descartes dijo: «No busquéis lo desconocido sin ir por el camino de lo conocido. Buscad y hallaréis.»

Imagínome á Domingo de Orueta en un rincón de la serranía de Ronda como un heroe del novísimo poema que aun no ha sido escrito. No guía sus pasos la casualidad; sino que sabe el itinerario que ha de seguir, por que lo lleva trazado en el alma. Cada golpe de su martillo suena en la roca como una potente interrogación: «¿Dónde estás, riqueza?»... «¿Dónde te ocultas, misterio de la vida?»... «¿Dónde?»... Y los golpes vibran en la soledad medrosa de las cimas, sin hallar contestación. Hasta que en una hora solemne en que la Naturaleza se rinde al genio humano, se oye allá abajo, en lo profundo de las entrañas terrestres, la repuesta solicitada. «¡Aquí estoy!», grita la voz del arcano...

Del seno de la tierra surge una nueva fuerza para

entregarse en perdurable servidumbre á la voluntad del hombre... ¡Conquista más admirable que cuantas lograron Alejandro y Césares!

Pero no halló Domingo de Orueta en aquellas montañas solamente el platino, sino también el níquel, la cromita y los minerales del manganeso, esto es, los elementos que se emplean en la construcción de los cañones y de las corazas.

Era el presente mágico que necesitaba España para armar su voluntad y librarse de ajenas tutelas. Ese encuentro parece tener algo de simbólico.

Cuando el ánimo nacional siente la necesidad de mirar á su defensa y empieza á preocuparse de salir de su postración, coincide con los primeros alientos de este anhelo, el hallazgo prodigioso de la serranía rondeña. ¿Cómo no ver en Domingo Orueta á uno de esos hombres providenciales que aparecen en el momento en que hacen falta? ¡Ah, si alguien descubriera también en el alma española el nervio de hierro que habría de enderezarla y endurecerla para que se capacitase á la empresa redentora!...

Habría llegado entonces el renacimiento de la raza y el comienzo de la nueva era con que soñamos los que, en el fin de la existencia, sólo tememos á la muerte porque nos va á impedir la visión del sol de la gloria hispánica.

¿Por qué no ha de coincidir en el descubrimiento de Orueta ese otro descubrimiento de las energías latentes y dormidas del espíritu nacional? Estamos en días de coincidencias providenciales, pese al pesimismo de los decaídos y acobardados. ¿Queréis una prueba? Pues vedla.

Para que Domingo de Orueta alcanzara la ejecución de sus propósitos, era precisa la intervención de una voluntad poderosa, ante la que se allanaran los obstáculos que la rutina y la envidia levanta ante toda empresa grande é inesperada.

Esa voluntad acudió en auxilio del sabio ingeniero y le dió medios para continuar su labor y le prestó el amparo de la influencia oficial y le libró de las angustias del fracaso.

Es tan conocido el suceso que no hay para qué detallarlo. El Rey D. Alfonso XIII supo que Orueta había comunicado á sus compañeros el resultado de sus exploraciones, se enteró rápidamente de ellas y manifestó el propósito de asociar su prestigio y su cooperación á la obra del ilustre investigador.

Persona por el Rey comisionada, vió á Orueta y le expuso que Su Majestad quería conocerle y oír de sus labios la explicación de lo que había hecho.

Merece sin duda, pasar á la historia la larga entrevista que celebraron el Monarca y el ingeniero. Cuando se escriba la crónica de la vida interna de los pueblos y se dé á ciertos hechos la importancia que verdaderamente tienen, dejando en el lugar secundario que les corresponde los que hoy ocupan el primer plan, aunque no son sino vacuas apariencias, se echará de menos, al llegar á este caso, el detalle de la conversación que sostuvieron en este día memorable el Rey y Orueta. ¡Cuán interesantes las confidencias del sabio al protector generoso, quien, nunca como entonces, representaba los intereses de la patria! ¡Qué emocionante escena!

Desde aquel momento la empresa científica de la serranía estaba asegurada. El Gobierno dedicó á ella sus atenciones, las Cortes votaron los subsidios necesarios, se aseguró el tesoro escondido entre breñas de la codicia de los logreros. Y aun hay, de lo que en la regia cámara ocurrió, algo más interesante y más transcendental. Porque lo que el Rey hizo fué un ejemplo que los ciudadanos deben imitar, prestando su atención y sus colaboraciones á todos los empeños intelectuales que lleguen á su noticia, con lo que asegurarían el progreso de España y tendrán parte en la gloria que ellos procuren.

Cuando todo vacila y tiembla en este instante de incertidumbre; cuando hasta los más alentados se entregan á las negruras de la desesperación, hay algunos espíritus fuertes que resumen y condensan los estímulos de la raza, y los acrecientan, y los vigorizan con los propios invencibles entusiasmos. Ellos unen sus energías salvadoras en patrióticas alianzas.

Ved cómo se ha dado la providencial coincidencia de que antes hablaba. Un inesperado triunfo de la ciencia, ha coincidido con los iniciales impulsos de regeneración que España experimenta; y los esfuerzos geniales de Orueta han coincidido con el reinado de un Príncipe en quién los ideales de la Nación hallan un esclarecido guía y un brioso mantenedor.

Es una ráfaga de esperanza que pasa.

Es un rayo de luz que anuncia nuevos horizontes... Levantemos los corazones y dejemos que surjan de ellos voces de alegría... ¡Looor al sabio!... ¡Honor al Rey!

El Presidente de la Sociedad de Ciencias, D. Enrique Laza, leyó á su vez el siguiente saludo de la Corporación:

SEÑOR PRESIDENTE, EXCMOS. É ILMOS. SEÑORES.

SEÑORAS, SEÑORES:

Los deberes del cargo, que á la bondad de mis consocios debo, me obligan á ocupar vuestra atención unos momentos.

En primer término para proclamar socio honorario de nuestra Institución á D. Domingo de Orueta, interpretando así y sin la pregunta reglamentaria, el sentir unánime de la misma; formularla á los que han venido llenos de entusiasmo á dar realce á este acto, sería tanto como empequeñecerlo.

Acabamos de conferir al Sr. Orueta la más alta recompensa que podemos otorgar, pero inscribiendo su nombre en el cuadro de Honor de nuestra Sociedad, honrarnos á la misma y evocamos su tradición gloriosa: la del período de su fundación, en que otro Orueta, el padre del que hoy enaltecemos, juntamente con el inolvidable D. Pablo Prolongo, supieron llevar su nombre, lleno de prestigio, al conocimiento de las instituciones sabias del extranjero, desmintiendo nuestra pretendida incapacidad para la investigación científica.

Los descubrimientos realizados por el hijo tienen por base los trabajos de exploración llevados á cabo por el padre, que fué su iniciador en los estudios de Geología.

Consideremos un momento la emoción con que nuestro sabio amigo realizó el descubrimiento del platino, en aquella misma zona de terreno donde comenzó su aprendizaje al lado de su padre.

De esta emoción nos da idea el siguiente párrafo de su memoria, que dice así:

«Desde luego quedó resuelta aquella duda capital de si el platino se presentaba en pepitas ó en forma coloide; el platino se presenta en pepitas en la serranía de Ronda y son, próximamente del mismo tamaño que el corriente en los Urales; pero debo advertir que cuando ví eso, estaba ya, por decirlo así, tan nervioso, que casi llegué á dudar de que fuera y á pensar si sería otra cosa...»

Yo hubiera deseado que otro socio honorario nuestro, el insigne Cajal, hubiera venido esta noche para describirnos, como él sabe hacerlo, estos momentos de emoción suprema

para el sabio que ve confirmadas sus hipótesis. A falta de su presencia, quiero repetir aquí estos párrafos suyos que la describen:

«En el solemne momento en que la Naturaleza, tras repetida y porfiada interrogación nos abandona una de sus ansiadas confianzas, el investigador es presa de la más sublime de las emociones. La alegría es tan grande, y tan completo el olvido de los miserables bienes de la tierra, y hasta de todas las fútiles conveniencias, con que la educación social intenta disimular la emoción, que se comprende perfectamente aquella sublime locura de Arquímedes, de quien cuentan los historiadores que, fuera de sí por la resolución de un problema, profundamente meditado, salió casi desnudo de su casa, lanzando el famoso «Eureka», lo he encontrado. ¿Quién no recuerda la alegría y la emoción de Newton al ver confirmada por el cálculo, y en presencia de los nuevos datos aportados por Picard, con la medición de un meridiano terrestre, su intuición genial de la atracción universal?

Todo investigador, por modesto que sea, habrá sentido alguna vez algo de aquella sobrehumana satisfacción que debió experimentar Colón al oír el grito de ¡Tierra! lanzado por Rodrigo de Triana. Este placer indefinible, al lado del cual todas las demás fruiciones de la vida se reducen á pálidas sensaciones, indemnizan sobradamente al investigador de la pesada y trabajosa labor analítica, precursora como el dolor al parto, de la aparición de la nueva verdad. Tan exacto es, que para el sabio no hay nada comparable á la verdad descubierta por él, que no se hallará acaso un investigador capaz de cambiar la paternidad de una conquista científica por todo el oro de la Tierra...»

Y así nuestro Orueta, al descubrir el platino en las rocas de la serranía de Ronda, se dió por pagado con el hecho transcendente de su hallazgo, y no pensó en otra cosa que en brindarlo á su Patria, sin calcular la cuantiosa riqueza de que generosamente se desprendía.

No debo terminar sin dar las más cumplidas gracias, en nombre de la Sociedad que presido, á nuestro consocio el ilustre Alcalde de Málaga que, en nombre de la ciudad, se ha dignado asociarla á este acto; á los dignísimos representantes en Cortes, que nos han honrado con su asistencia al mismo; á

la Cámara de Comercio, representada aquí por su digno presidente, por haber sido una de las primeras Corporaciones malagueñas que felicitaron á Orueta por su descubrimiento; á la Prensa de Málaga que lo ha difundido y comentado y, finalmente, y no por ello las menos rendidas, al Sr. Ortega y Munilla, huésped nuestro, que habiendo venido á Málaga en busca de reposo á su intensa labor intelectual, aceptó con entusiasmo colaborar en esta sesión nuestra para enaltecer á un malagueño ilustre, y á cuantos han contribuido con su presencia á la mayor solemnidad de esta fiesta.

Deseo aprovechar la presencia en ella de tan valiosas representaciones de la política y de la gobernación del Estado, para pedirle también en nombre vuestro su más decidida protección á nuestra obra de apostolado por la Ciencia, sin otros recursos al presente que el sacrificio personal de sus socios y el entusiasmo nuestro por cuanto tienda á acrecentar y difundir la cultura de Málaga, que es tanto como colaborar en la cultura de nuestra amada España.



## Conferencia del Sr. Cabello

10 de Febrero

Con esta fecha inauguró sus conferencias de vulgarización científica, en el presente curso, nuestra corporación, disertando el culto Director del Instituto, D. José Cabello, sobre el tema *Sonido y Luz*.

Sirvieron de prólogo á la misma unas palabras del Sr. Laza, para congratularse como Presidente de la Sociedad de Ciencias de que hubiera correspondido al Sr. Cabello la primera lección del curso, pues siempre existió una muy estrecha y cordial relación entre el Instituto y ésta, habiendo intervenido en todas las épocas muy activamente el profesorado de aquél en la labor de cultura propia de esta clase de asociaciones.

Comenzó el Sr. Cabello por demostrar que la física moderna no admite las acciones á distancia. Para que un cuerpo ejerza una acción cualquiera sobre otro cuerpo, necesita

de otra substancia intermediaria que sirva de vehículo para el constante intercambio de la energía que bajo diversas formas determina los fenómenos físicos de la Naturaleza. La luz, considerada en otro tiempo como una substancia muy útil, es considerada en nuestros tiempos como un fenómeno mecánico en un todo comparable al sonido. Demostrar la coincidencia de las manifestaciones del sonido y de la luz, fué el objeto de la lección expuesta en nuestra Sociedad de Ciencias por el catedrático de Física de nuestro Instituto.

Para conseguirlo empezó por hacer experimentos que demostraban claramente que todo cuerpo que produce un sonido está animado de un movimiento vibratorio provocado por su deformación. Hizo después las consideraciones que se desprenden de la necesidad de un medio elástico que difunda en el espacio el movimiento del cuerpo vibrante, para que en forma de ondas impresione el órgano del oído.

Pasó después á establecer las diferencias que existen entre unos y otros sonidos, reducibles á tres: intensidad, tono y timbre, explicando las causas de la primera, el modo de determinar el segundo, exponiendo los límites entre que pueden variar y la semejanza entre los cambios de tonos y las de color de la luz.

Para explicar las causas que determinan el timbre de los sonidos, hizo experimentos con las cuerdas de un sonómetro, que prueban la producción en estos sonidos simultáneos, que es lo que les imprime carácter, como á la luz el color.

Hizo también experimentos de resonancias diversas, para compararlas con los fenómenos de absorción del color (sonidos graves de la luz) y de la luz por los cuerpos fosforescentes y fluorescentes y cómo aplicando los fenómenos de resonancia podía llegarse á hacer el análisis de los sonidos á la manera que en los espectroscopios se analiza la luz.

Expuso después experimentalmente los fenómenos de interferencia ó refuerzo de un sonido por otro sonido, ó su destrucción, ó sea el silencio característico del movimiento vibratorio y, por consiguiente de la luz, que sumada á otra luz aumenta en intensidad ó produce la oscuridad, causa determinante de la adopción universal de las nuevas teorías sobre la naturaleza de la luz y el color.

Terminando la lección por experimentos que, determinando

pulsaciones producidas por dos sonidos próximos y apreciando sus efectos sobre el órgano del oído sirvieron para establecer la novísima teoría de las consonancias y disonancias musicales, nunca explicadas hasta nuestros tiempos, en los que Helmholtz resolvió el enigma de modo satisfactorio.

La amenidad, el vigor científico, la experimentación completa de todos los fenómenos relacionados con el tema, hicieron que la lección fuese oída con creciente interés, pues el nombre prestigioso del digno profesor de Física del Instituto congregó en la Sociedad de Ciencias un numeroso público ansioso de completar sus conocimientos.



Conferencia pronunciada en la Sociedad Malagueña de Ciencias,  
el día 17 de Febrero de 1916, por el Ingeniero de Minas

## Don Domingo Orueta.

Plan de trabajos de exploración en la  
SERRANÍA DE RONDA

SEÑOR PRESIDENTE, SEÑORAS Y SEÑORES:

Vengo ante todo á cumplir un deber de gratitud con la Sociedad Malagueña de Ciencias y con cuantas entidades, corporaciones y personas han tomado parte en un acto recientemente celebrado en este mismo sitio para concederme la inmerecida honra de ser nombrado socio honorario de esta Sociedad ocupando la vacante de mi malogrado amigo el eminente naturalista Sr. Calderón.

Parece como si hubierais adivinado aquello que podía serme más grato la distinción que acabáis de otorgarme, porque tal vez ninguno de vosotros ignore los recuerdos tan íntimos que esta querida casa tiene para mí. Os agradezco, pues, con toda mi alma, la distinción de que me habéis hecho objeto y sino insisto más es por falta de medios de expresión, no porque mis sentimientos no sean de profunda gratitud.

Galantemente invitado por la Sociedad de Ciencias para tener el honor de dirigiros la palabra, me ha parecido que el tema más oportuno en estos momentos es hacer os una historia

sucinta de este asunto de la serranía de Ronda y además detallar un tanto el plan de trabajos que pensamos seguir. Tal va á ser el objeto de la sesión de esta noche que no me atrevo á llamarla conferencia porque no tengo autoridad suficiente para tal cosa y voy á permitirme llamarla una amistosa conversación que voy á tener con vosotros.

A poco de comenzar el estudio geológico y petrográfico de la serranía de Ronda hube de sospechar que en algunos de sus ríos y depósitos de tierras de montañas pudiera existir ese metal preciado que se llama platino. Continué los trabajos de investigación en este sentido y fuí cerciorándome cada vez más y más de que el preciado metal existía allí. Me pareció entonces que debía dar cierto carácter industrial á estos reconocimientos y así lo hice teniendo la suerte de encontrar, efectivamente el platino, en las dos formas en que suele presentarse: en el de pepitas puras y en el de pepitas cubiertas de una ganga cromítica. Este es un hecho que nos puede servir de punto de partida para todo lo que va á seguir.

En la serranía de Ronda existe el platino, y en cantidad no despreciable en algunos taladros, que yo mismo he visto y lo he tocado como puede verlo cualquiera que practique un pozo á pocos metros de profundidad en algunos parajes de la serranía de Ronda. Además, las personas que tengan gusto en verlo podrán satisfacer sus deseos sin necesidad de ir á la serranía, porque aquí traigo muestras de platino recogidos en dichos parajes, muy pocos, porque ya me quedan muy pocos; pero los suficientes para poderse formar idea de cómo se presenta allí este metal.

Cuando llegué á este punto, mi situación era un tanto decaída; yo necesitaba decir eso, tenía además el propósito de ponerlo á disposición del Estado. Esto me obligaba á guardar cierta reserva durante mis reconocimientos; pero, por otra parte, había llegado el momento en que forzosamente tenía que publicar lo que había visto y tenía que publicarlo, no en cualquier parte á elección mía, sino precisamente en el sitio que por obligación profesional deben decirse estas cosas, que es mi casa oficial, el Instituto de Ingenieros Civiles á que tengo la honra de pertenecer y allí fuí, y allí lo dije y rogué á la Junta Directiva de dicho Instituto que presenciasen la conferencia señores taquígrafos y la tomasen palabra por palabra,

que se imprimiese luego y que yo pudiera tener este folleto á modo de acta notarial que pueda servir para que cualquier persona en cualquier tiempo pueda exigirme responsabilidad respecto á la exactitud de lo que aquí digo, y al mismo tiempo también, para que me sirviese de defensa de cualquier cargo que se me haga por cosas que no he dicho, ni he pensado decir y habréis de permitirme que lea algunos párrafos, muy pocos, de esta conferencia. Lo hago para poner las cosas en su lugar porque en esto del platino se ha fantaseado mucho.

Hablaba yo aquí del resultado de los taladros hechos en la serranía de Ronda y decía:

«Hay, por consiguiente, en la serranía de Ronda zonas ricas en platino y zonas estériles en platino. La cuestión está ahora en averiguar cuál es la extensión de las zonas ricas y cuál la extensión de las zonas estériles para poder deducir de allí si aquello constituye una riqueza que me atrevería á llamar extraordinaria ó simplemente una curiosidad científica que no vale la pena de explotar. Y para averiguar esto hace falta un segundo reconocimiento de carácter distinto del que yo he hecho.

Voy á explicar esto. Claro está, que yo no he inventado nada en cuestión de reconocimiento de platino porque no soy capaz de semejante cosa y, además, porque hay mucha bibliografía de cómo se investigan yacimientos de esta clase, y yacimientos de oro, y el procedimiento es el siguiente: Siempre que se sospecha que existe un metal de éstos en los detritus de ríos ó en los depósitos, se comienza por hacer un reconocimiento de carácter general con taladros muy espaciados unos de otros, sin tener en cuenta para nada la distancia, sino situándolos donde convengan para que abarquen la región entera y para que permitan resolver estos tres puntos principalísimos, sobre todo el primero que ya he detallado, y si el resultado es favorable, se hace un segundo reconocimiento que consiste en una serie de taladros regularmente espaciados; á igual distancia unos de otros, por ejemplo, en filas transversales á los ríos ó yacimientos, distantes 200 metros próximamente una de otra, y dentro de cada fila los taladros espaciados de 20 en 20 metros. Tomando con cuidado sumo la ley que da cada taladro; examinando también con cuidado, los detritus lavados de esos taladros, se puede hacer un

plano subterráneo del yacimiento, localizar las zonas ricas, comparar su extensión con la de las zonas estériles y deducir si el yacimiento es rico ó es pobre, si es explotable ó no lo es, si constituye una colosal riqueza ó simplemente una curiosidad científica.

Este es el segundo reconocimiento que se hace en todas partes. Yo he podido presupuestar el coste de esta red secundaria, por decirlo así, de taladros que hay que hacer ahora y resulta una cifra de 250 á 300.000 pesetas, necesitándose de cuatro á cinco años para hacerlo. Claro es, que este tiempo puede abreviarse poniendo más personal; pero no mucho porque es preciso estudiar minuciosamente el resultado de cada taladro al microscopio y no es tarea de las que se pueden hacer de prisa.

Ahora bien; mis medios no me permiten abordar este segundo reconocimiento por mí mismo.

Tal es el estado actual de la cuestión. Vamos á examinar ahora las soluciones que se presentan.»

Y á continuación examinaba yo primero la eventualidad de que el Estado quisiera hacerse cargo por su cuenta de este reconocimiento y caso de que no quisiera las varias soluciones que podrían adoptarse, entre ellas la de que una empresa nacional ó extranjera hiciese los reconocimientos y á continuación decía lo siguiente y os ruego queridísimos paisanos míos que os fijéis en lo que decía. El párrafo es éste:

«Pero de todo lo dicho presupone que de ese reconocimiento hecho, bien sea por el Estado español, bien por una entidad distinta del Estado español, ha de resultar en la serranía de Ronda una riqueza grande en platino. En este caso, claro está, todo serían satisfacciones, todo serían plácemes para el amigo Orueta; pero puede resultar también que las zonas ricas de la serranía de Ronda sean tan pequeñas que no merezcan la pena explotarlas, puede suceder, por consiguiente, que el dinero de este reconocimiento se gaste en balde, es decir, en balde no se gastarán nunca, sobre todo, si lo gastaba el Estado, porque hay allí varios problemas de interés grandísimo que resolver que tiene sumo interés científico y que no pueden resolverse más que examinando las arenas que salgan de los taladros, pero esto no quita valor al argumento. Desde el punto de vista concreto que aquí se persigue,

riqueza en platino, puede suceder perfectamente que aquello no valga nada y que el dinero que se gaste en reconocerlo, sea dinero gastado en balde; y si este caso se realiza, ya no serán todas satisfacciones, y quizás ya no sean todo plácemes, para el amigo Orueta (Risas) y quiero precaverme contra ésto. Puede llegar á decirse que yo, con mis entusiasmos y con mis optimismos, he llevado allí al Estado ó á otra entidad cualquiera distinta del Estado á que tire su dinero por la ventana y, para precaverme de ello, debo hacer constar que respondo sin restricciones de ningún género de todos los datos que he aportado aquí; pero que no hago vaticinio ninguno —conste así— sobre el porvenir de esos yacimientos. (Aplausos).

Ya he dicho por qué no los hago; porque no los puedo hacer, porque me faltan datos para hacerlos, porque no tengo una base firme en que apoyar un pronóstico firme de esta naturaleza.

Rechazo, por consiguiente, toda clase de cargos que en lo futuro se me puedan hacer respecto á este particular. (Aplausos).»

Y á continuación tuve que pedir perdón al auditorio por haberme puesto tan pesado y tan insistente en este asunto y, sin embargo, á pesar de esto y á pesar de todo, sobre esto se ha hecho una fantasía y he oído decir muchas veces que yo he regalado unos cientos de millones al Estado. Y no es eso, yo no he dado al Estado más que una riqueza eventual.

Efectivamente en la serranía de Ronda puede haber zonas extensas de platino que pueden dar muchos millones; pero puede suceder también que no valgan nada, yo no puedo saberlo y para ello hay que gastar 300.000 pesetas y yo le he preguntado al Estado si se encuentra en disposición de gastarlas. De todas maneras si yo no he dado al Estado millones, le he dado en cambio lo único que tenía: una riqueza problemática. Por consiguiente, y vuelvo á repetirlo, yo no me hago responsable del éxito en los reconocimientos del platino.

El Estado aceptó mi propuesta en la siguiente forma:

Al día siguiente de esta conferencia, el 1.º de Noviembre de 1915, fecha inolvidable para mí, tuve la alta honra de ser recibido por S. M. el Rey D. Alfonso XIII. No vengo aquí á dirigir lisonjas á nuestro Monarca; hacerlo así sería empequeñecerle y además una adulación y cualquiera que me conozca

sabe que soy incapaz de ello; pero faltaría á un deber de gratitud, más todavía á un deber de patriotismo, si no dejase aquí consignada la parte capital que S. M. el Rey D. Alfonso XIII ha tomado en esta obra del reconocimiento de la serranía de Ronda.

Es el Rey de España un hombre de inteligencia excepcional, que dedica toda su atención y esfuerzo á todo aquello que pueda contribuir al progreso y á la riqueza de la patria. Esto lo saben ya muchos españoles y va extendiéndose poco á poco por la masa entera del país; pero á más de estas dos revelantes cualidades tiene S. M. el Rey otra que lo es más todavía y que por cierto es muy rara dentro del carácter español y esta cualidad es el tesón, la constancia, la perseverancia para llevar á cabo las empresas que acomete. Los entusiasmos de Su Magestad no son entusiasmos de niño que crecen y decrecen sin motivo justificado, son los entusiasmos de un hombre que conoce perfectamente los problemas que aborda, que sabe muy bien los obstáculos con que ha de tropezar en su camino y que mide su esfuerzo á la resistencia que cada obstáculo ha de presentarle; esto es de un hombre hecho, esto es muy grato para el porvenir de nuestra patria. Pues bien, estas cualidades las ha aportado S. M. el Rey á la obra del reconocimiento de la serranía de Ronda y por eso no debe extrañaros que yo dirija desde aquí mi testimonio de gratitud á la persona de S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

El Rey aceptó la propuesta que yo le hice y desde aquel momento la consideró como suya, dándome toda clase de facilidades; pero hubo en esa fecha memorable para mí un nuevo aspecto de esta cuestión, una nueva finalidad en el reconocimiento de la serranía de Ronda, que es de suma importancia, sobre todo para nuestra querida provincia de Málaga y que por lo mismo la voy á detallar con calma.

Dicen los sociólogos que el hombre es un animal social, y cuando ellos lo dicen será verdad; pero debe ser una verdad teórica porque en la práctica los hechos demuestran lo contrario. No me refiero á la época presente en que medio mundo se dedica á matar al otro medio; en las épocas normales y aún en las épocas de paz las mayores inteligencias, las mayores energías industriales se dedican con todo afán á producir pertrechos de guerra que permitan matar más y con más

intensidad á sus semejantes. Yo no critico esto, me limito á consignar un hecho por todos conocidos.

Hasta hace cosa de 20 ó 25 años esto no se acentuaba como desde entonces acá. A partir de esta fecha puede decirse que las industrias más importantes de cada país son las industrias militares, las que fabrican pertrechos de guerra y precisamente desde esa época en la industria militar el metal más favorecido era el acero, que en el presente ha sido substituido por otras mezclas ó aleaciones de distintos metales que reciben el nombre genérico de ferros (ferrocromo, ferroníquel, etcétera, según sea el metal que se une al hierro).

Estas aleaciones son más duras, más resistentes que el acero. De aquí que hoy día sean base indispensable para la construcción de corazas, cañones y demás pertrechos de guerra y se da el caso peregrino de que siendo España una de las naciones más favorecidas por la naturaleza en la riqueza minera no existan fábricas importantes que produzcan estos ferros, y esto lo conoce perfectamente S. M. el Rey D. Alfonso XIII, y al hablar de la serranía de Ronda hubo de preguntarme si en la serranía de Ronda había cromo y níquel en abundancia y si valiéndonos de esos elementos se podría fabricar el ferrocromo y el ferroníquel. Mi respuesta fué afirmativa diciendo: «Existen en la serranía de Ronda reconocidos y medidos por mí, grandes criaderos de minerales de cromo y níquel, algunos de los cuales fueron explotados hace años. No diré yo que se puedan extraer cientos y miles de toneladas, pero para poder fabricar ferrocromo y ferroníquel no hacen falta tonelajes excesivos, y hay allí cantidades ampliamente suficientes para atender á la industria de España y aun abastecer á algunas naciones extranjeras y añadí que para fabricar el ferrocromo y el ferroníquel hacen falta otros elementos y éstos existen en la serranía de Ronda; el primero es el hierro puro que se obtiene de preferencia de la magnetita mineral, único en su clase que no se encuentra más que al Norte de la península escandinava, en Deneviera y en la serranía. Existe también otro elemento importantísimo que es la fuerza motriz, porque habéis de saber que estos ferros se fabrican por medio de la energía eléctrica para la cual hace falta un salto de agua y existe uno propiedad de D. Jaime Parladé que es capaz de dar dos mil caballos de fuerza, que no es un salto de agua

alimentado por un río, sino por un manantial de volumen considerable y que le hace especialmente apto para este objeto.»

Tal dije á S. M. contestando á su pregunta y entonces aprendí una cosa que confieso no la sabía y es que, por lo visto, esta guerra ha enseñado que las fábricas de pertrechos militares tienen que instalarse con arreglo á ciertas condiciones geográficas: lejos de la costa; para estar lejos de las escuadras enemigas y, á ser posible, tras una línea divisoria de montañas para protegerlas y además en una *taza* que esté rodeada de alturas donde puedan instalarse cañones para defenderlas contra los aeroplanos y aeronaves y no permitir que éstos bajen á hacer puntería cosa que impiden los cañones colocados en las alturas. Y al preguntarme S. M. el Rey si había en la serranía de Ronda emplazamientos como éste, le dije que los hay por docenas y que hay tazas no á 700 metros bajo las cumbres sino á 1.500 y á 2.000. Puede, pues, decirse y asegurarse, hasta dónde éstas cosas se pueden asegurar, que en la serranía de Ronda, en una superficie muy pequeña están reunidos los cuatro elementos indispensables para la fabricación del ferrocromo y el ferróníquel que son el cromo, el níquel, la magnetita y la fuerza motriz y además las condiciones geográficas necesarias para estas instalaciones.

En vista de esto, S. M. el Rey se dignó ampliar el reconocimiento de la serranía de Ronda dándome encargo de investigar á más de la existencia del platino la de los tres minerales ya citados, la energía eléctrica y condiciones para el transporte, encargándome de todo ello para que en su día pueda presentar un proyecto completo y detallado para la fabricación del ferrocromo y ferróníquel en la localidad misma.

Y esto me produjo una satisfacción muy grande por dos razones que voy á explicar. La primera razón era exclusivamente personal mía; ya lo he dicho, y no lo repito por no ser demasiado pesado, que yo abrigo dudas en el resultado del reconocimiento del platino en la serranía de Ronda. De modo, que si mi misión consistiese únicamente en el reconocimiento de platino, puede suceder que, al cabo de 3 ó 4 años de trabajo, me vea obligado á confesar que no hay riqueza platinífera explotable y entonces, á pesar de toda mi pesadez y de haberlo repetido no sé cuántas veces, sobre mi nombre, que es lo que más aprecio en el

mundo, caerá un sambenito y sería un fracasado y á mí no me gusta ser un fracasado.

Pero ampliado el reconocimiento al ferrocromo y al ferro-níquel, la cuestión varía de aspecto. Tengo la evidencia, hasta dónde puede tenerse en cosas que de la Naturaleza dependen, de que al cabo de algunos años podré presentar un proyecto para la explotación de esos metales y eso vale bien el dinero que se va á gastar y, si fracaso en el platino, en esto no fracasará, lo cual me quita un peso de encima.

La segunda razón es más altruista, bastante más altruista. Mi carácter es un poco seco y no tengo por costumbre publicar lo mucho que quiero á mi tierra; esto se demuestra con hechos, no con palabras. La satisfacción grande que yo entonces experimenté, era porque ví el beneficio inmenso que esto puede reportar á mi queridísima provincia de Málaga. En efecto, imagináos que hay platino y que por medio de una draga de 1.000 toneladas se separan 15 - 20 - 30 kilos de platino que tienen un valor de 150.000 á 300.000 pesetas y esto representa una utilidad al día que no es despreciable. Pues bien, en esa draga se emplearían 20 hombres y esto no enriquecería á mi provincia, sería para la Patria; pero nuestra provincia no se apercibiría ó se apercibiría poco de esa riqueza que encierra la serranía de Ronda.

Imagináos, por contra, que se funda en la serranía una fábrica para producir ferrocromo y ferroníquel. Esto representaría el empleo de muchos cientos de hombres, muchas explotaciones á que da lugar un tráfico como éste y me atrevo á decir que si se realiza esto casi puede asegurarse que después de algunos años la región cambiaría de aspecto y su riqueza sería grande y por esto me alegró el honrosísimo encargo que me dió S. M. el Rey aquella noche.

A partir de entonces todo fueron facilidades. El gobierno conservador que entonces ocupaba el poder tomó el asunto como cosa propia: dictó las disposiciones necesarias, se acotó la serranía de Ronda, se hizo cuanto se debía hacer para facilitar nuestra misión. El gobierno liberal tiene el mismo criterio. Da toda clase de facilidades sin escatimar ninguna; de manera, que si esta empresa fracasase será porque la Naturaleza no nos ha puesto lo necesario en la región ó por incapacidad nuestra, por falta de medios no. No podrá aquí

usarse el socorrido tópico de echar la culpa al gobierno. Éste ha ido haciendo cuanto le hemos pedido y dándonos más medios de los que hemos necesitado.

Intervino también en este asunto mi buena suerte: la primera, fué tropezar en mi camino con dos colaboradores cuyo celo é inteligencia admirable pusieron al servicio de esta causa; dos ingenieros cultísimos amantes de su carrera, los señores Moya y Rubio, aquí presentes, y no vacilo en decir lo que de ellos digo. Gracias á ellos he podido realizar en un espacio tan breve de tiempo como el que media de primeros de Noviembre á primeros de Febrero, los preparativos y estudios de una expedición tan vasta y extensa como la que aquí nos trae.

Tuve también la suerte de encontrar, por cierto de segunda mano, dos magníficas sondas de vapor, tal vez las únicas que existen en España para practicar trabajos en aluviones de ríos, y que únicamente se fabrican en América. Se adquirieron por poco precio, se llevaron al taller para su reparación y gracias á la actividad desplegada han estado listas dentro del plazo marcado y en disposición de funcionar. Han llegado ayer á Málaga y, Dios mediante, tomaremos el próximo lunes el camino de Río Verde, donde empezaremos nuestra campaña. No detallo más de esto para no incurrir en repeticiones en primer lugar y, en segundo, porque son cosas personales mías y que no os interesarían.

Nuestro plan va á ser el siguiente: Vamos á comenzar por la parte Sur de la serranía de Ronda, porque como esa zona es la más próxima á la costa hay en ella pueblos de importancia, el trabajo es más fácil, las dificultades, que indudablemente han de presentarse, podrá vencerse con menos esfuerzos. Comenzaremos por el reconocimiento del platino y una vez que tenga las máquinas en marcha y vencidas las primeras dificultades y normalizado el trabajo, entonces, comenzaremos el reconociminnto del cromo; después el níquel y después el desarrollo del plan hasta llegar al fin. Tiempo tenemos de entrar en el corazón de la serranía. Aguardaremos á hacerlo á que todos estemos acostumbrados a trabajar en la parte fácil. El tiempo necesario queda ya dicho: tal vez 4 años, tal vez 5, tal vez menos, es imposible predecirlo, y con esto queda consignado lo esencial que es lo que me proponía decir esta noche.

Voy á terminar diciéndoos una cosa exclusivamente personal mía advirtiéndoos que de las frases que voy á pronunciar no hago solidarios á mis compañeros, porque quiero la responsabilidad para mí solo. Es una cosa que si no la confesara á vosotros, tal vez no dormiría tranquilo esta noche.

Yo no sé si la serranía dará platino ó no lo dará; yo no sé si la serranía dará ferrocromo y ferroníquel ó no lo dará; pero hay una cosa que si sé de antemano que dará, y es muchísimos trabajos, y muchos quebraderos de cabeza al ingeniero Domingo Orueta y otra cosa que sé, es que esto no ha de dar ningún lucro personal á Domingo Orueta, porque he tenido buen cuidado de colocarme en posición tal que en manera alguna pueda dármele.

Y digo esto, é insisto en ello, porque hay unas gentes, unas pobres gentes de esas que creen que detrás de cada obra grande y seria hay ocultas miras ruines y miserables, que se han dejado decir que eso del platino es un pretexto y que tras de ellos hay no sé qué contubernios.

Esto es sencillamente indigno. Dejo á esas pobres gentes con su malicia y su suspicacia y los emplazo para el porvenir.

Los hechos demostrarán la falsedad de esas miserias y los hechos valen más que las palabras.

Aquí venimos, mis dignísimos compañeros y yo, llenos de celo y entusiasmo á realizar una obra que creemos beneficiosa para la patria y muy honrosa para el Cuerpo de Ingenieros de Minas á que pertenecemos. La recompensa á que aspiramos no es de las que se cotizan en pesetas. Detrás de esto no hay nada, absolutamente nada.

Sr. Presidente, Señoras, Señores. He dicho. (Grandes y repetidos aplausos).

★ ★ ★

#### SEÑORAS Y SEÑORES:

Cumpliendo muy gustoso la misión que esta Sociedad de Ciencias, por mediación de su Junta Directiva, se ha servido confiarme, me es muy grato ofrecer mis respetos, saludando con expresión de sincera gratitud á las ilustres damas, á la Prensa, á las autoridades y al público todo, que con su presencia, dando mayor realce al acto, nos hace honor y honra al Centro.

Cumplido el encargo, faltaría al más elemental de los deberes, si en este instante, y después de haber tenido la honra de admirar, presidiendo el acto, la palabra sincera y elocuente de vuestro ilustre paisano Sr. Orueta, no exteriorizase, respondiendo al deseo unánime, la emoción de reconocimiento sentido á las altas mercedes que la magestad simbolizada por un rey modelo de reyes y de ciudadanos, otorga espléndidamente dando estímulo alentador á la valía y protección sin tasa, hoy á Málaga y siempre á cada una de las patrias chicas, que, fundidas en una sola patria, son nuestra patria española.

Solo encuentro, Señores, tres palabras que, lanzadas al hervor del entusiasmo, lleguen, rasgando el aire tibio de esta bendita tierra malagueña, á las gradas del Trono, como eco de gratitud y respeto: ¡VIVA EL REY!

El público puesto de pie aclama y vitorea, entusiasmado, á Don Alfonso y aplaude á los Sres. Torres Guerrero y Orueta.

A continuación el Sr. Torres Guerrero, dió lectura al siguiente telegrama que por unanimidad se acordó dirigir á Su Magestad el Rey.

«Señor Presidente del Consejo de Ministros.—Tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. que terminada conferencia del Sr. Orueta, mediante acto celebrado en la Sociedad de Ciencias, que he tenido el honor de presidir, sobre descubrimiento de minas de platino, cromo y níquel, acordóse respondiendo sentir unánime de la provincia, rogar al Sr. Presidente del Consejo de Ministros se digne exponer á Su Magestad el Rey (cuya vida guarde Dios muchos años) al par que nuestra admiración y respeto el entusiasmo y sincero reconocimiento por las mercedes que otorga dando estímulo alentador á la valía y protegiendo siempre iniciativas de trabajo en bien de la patria que hoy tanto favorecen á esta tierra malagueña. — Gobernador Civil. — Presidente Diputación. — Alcalde de Málaga. — Presidente Sociedad de Ciencias.»

### El telegrama á la Sra. de Orueta

A propuesta del Sr. Alcalde, se acordó dirigir un telegrama á la Sra. de Orueta, saludándole en nombre de la Sociedad de Ciencias y felicitándole por el triunfo obtenido por su esposo en la noche de hoy.

## Conferencia de Don José Ortega Munilla.

2 de Marzo de 1916

REMEMBRANZAS LITERARIAS

RETRATOS Y ANÉCDOTAS

Cuando llegan las largas noches del invierno, reúnen allí, en la cocina familiar de la aldea, frente el hogar en que arden la jara y los sarmientos, hombres y mujeres, niños y viejos. Es la ocasión de las leyendas ancestrales, de los cuentos medrosos, de las graciosas fábulas.

Nunca falta en el concurso un anciano, en cuyas pupilas arde la luz de los antiguos recuerdos, quien narra lo que vió, aventuras de guerra ó de amores, cosas que pasaron cuando el mundo era distinto de como es ahora.

Y los mozos les escuchan atentos para aprender ó para divertirse, si no es que ponen con la maliciosa sonrisa, un comentario burlón á los decires del que ha sobrevivido á su tiempo.

Los años, ya que no el saber de la vida, me dan derecho á ocupar en esta velada el lugar que se concede al anciano en la tertulia de las populares consejas.

Con la diferencia peligrosa de que los aquí reunidos para escucharme no han de ser tan contentadizos como los oyentes del ejemplo. Su ciencia, su cultura les dan derecho á que él rapsodista sea maestro en la expresión y luzca en sus palabras el ingenio y los estudios.

Todo eso va á faltarme, pero no vuestra benevolencia que iluminará el camino que he de recorrer en el comentario de las apagadas memorias.

Porque la Junta Directiva de la Sociedad Malagueña de Ciencias, me pide que esta noche os refiera algunas de mis memorias de escritor.

Quisieron los azares de la fortuna que desde la infancia

primera viviese yo entre políticos y periodistas, entre artistas y literatos. Mi admiración oculta y tímida que, naturalmente, pasaba inadvertida en aquel mundo de hombres superiores, no era si no una inmensa, insaciable curiosidad, estremecida de raptos de idolatría y fervores de devoción.

De esta suerte he podido ver cómo nacían los ingenios, cómo crecían las famas, cómo desarrollaban sucesos que cambiaron la faz de la nación. Yo he contemplado cómo se iban tejiendo los tapices que decoran el alcázar de la historia nueva: la mano misteriosa que todo lo puede, iba cruzando los hilos, tejiendo la trama, destacando las figuras.

Aquí aparecía un caudillo, allá un vate, en este, sitio un propagandista, en esotro un jefe de partido, y por todas partes la legión de las medianías y de las nulidades, más ó menos afortunadas y soberbias, que son en el poema social el nipsis y el relleno necesarios para que resalten los eminentes y gloriosos.

A la edad en que otros muchachos asisten á las funciones de títeres, asistía yo á los debates del Congreso. Claro es, que no las entendía; pero eso me ha ocurrido también otras veces siendo ya hombre maduro, lo cual habrá que atribuir á mi torpeza, no á que ellos dejen de ser en algún caso diáfanos y luminosos. Ello es, que aunque mi estulticia infantil no los comprendiera, á lo menos me libré de que me acaeciere lo que cuentan que le pasó al hijo de un famoso periodista satírico del período revolucionario. Aquel niño fué una tarde con su padre á la tribuna de la prensa de la Cámara y al ver el lujoso recinto circular, iluminado por las lámparas de gas, pensó que estaba en un circo gimnástico, como el de Price, al que solía concurrir. Habiendo transcurrido un largo rato sin que allí sucediese nada que le interesara, impaciente ya, preguntó á su padre: «—Papá, ¿cuándo salen los clowns?»

Tal vez habían salido ya; pero como irían de levita, él no los conoció.

Comencé yo á ver tan pronto, y he puesto tanta atención en lo que veía, que llevo en mi memoria, aunque desordenado y sin encuadernar, un recio volumen de historia española.

Unas cuantas páginas de ese libro inédito, tan inédito que aún no ha sido escrito, es lo que voy á mostraros.

Pero no temáis, no os hablaré de personajes ni de sucesos

políticos. He de ocuparme sólo de algunos maestros del arte.

¿Por dónde empezaré? La contemplación del pasado perturba el recuerdo, como la de las lejanías terrestres la visión. Miro dentro de mí, y descubro perspectivas infinitas, sombras y nubes, como cuando desde una montaña se mira el horizonte.

¿Véis aquella mancha gris que se aparece en la hondura de un valle? Es una ciudad.

¿Descubre la mirada un relámpago de plata que palpita entre lontanías y confusas arboledas? Es un río. ¿Qué es aquella minúscula pirámide de piedra que interrumpe la monotonía de la gran llanura? Es la torre de una catedral famosa.

Pero lo que os muestran los ojos no satisface, sino que excita vuestra curiosidad. Anheláis poner en cada una de las cosas que habéis avisorado un nombre, un sentimiento, un rasgo espiritual. Entonces mandáis á la memoria que trabaje, y esa gran perezosa se levanta, concentra sus energías y os dice: «Esa ciudad, es Toledo; ese río, es Guadalquivir; esa catedral, es la de Burgos.»

Y eso basta. El espectáculo que cabe en medio centímetro de los cristales de vuestro antejo os llenará la mente y veréis ciudad, río y templo en toda su magnificencia y en todos sus detalles.

Gran privilegio es el de ver. Mayor aún es el de recordar.

Recordar es vivir lo ya vivido, es ver de nuevo lo que ya es invisible. Sería el deleite supremo que es dable al ser racional si no le amargara la melancolía. Pero, sí, el recuerdo es doloroso.

Permitidme que enfoque los lentes de la cámara para proyectar la cinta cinematográfica, probando á que surjan sobre el blanco telón unas cuantas figuras ilustres.

Todas ellas os son conocidas, tanto que no seré yo, sino que seréis vosotros los que las evocaréis.

Yo pronunciaré el nombre, trazaré algunas líneas del retrato. El auditorio hará lo demás. Él completará el esbozo inconcluso, él corregirá el rasgo inhábil. Esa es la ventaja que lleva quien se dirige á maestros, á espíritus cultivados: cuenta con la colaboración de ellos. Bien adivinaba Maese Pedro que el Ingenioso Hidalgo sabía más que el de las aventuras de Don

Gaiferos y Melisendra; y así requería al muchacho que las recibiera de coro, para que no se alzara del canto llano.

Ni haré yo otra cosa. No sea que el mandoble irritado de vuestro enojo dé al través con mi teatrillo de pobres imaginaciones.



Como pálida sombra, apenas entrevista, palpita en mi memoria la gentil y doliente persona de Gustavo Adolfo Bécquer.

Veo su noble cabeza, de negra cabellera cortada á media melena, su rostro agudo que ensombrecía la barba larga, hebraica y descuidada, sus ojos profundos y tristes llenos de angustia.

La enfermedad había quebrantado el poder de aquella naturaleza.

La vida del poeta era dolorosa, incierta y desordenada. Reuniase en el Café Suizo, de Madrid, con Rodríguez Correa y con Augusto Ferrán, y allí pasaba las tardes y las noches en vagos coloquios en los que derramaba sus energías espirituales. Bebía el café por litros; fumaba sin descanso; hablaba sin tregua, con una voz parda y ronca, contando los planes de las obras que pensaba hacer y no hizo. Don Ramón Rodríguez Correa, á quien debí yo luego generoso apoyo en mis comienzos de escritor, me refería en su charla amenísima los temas que amaba el Solitario de Veruela.

«Cualquiera de ellos—decía el autor de *Rosas y Perros* hubiera bastado á una gran fama. Bécquer sólo había iniciado el desenvolvimiento de sus facultades. Las *Rimas*, que él desdeñaba, habían sido inspiraciones rápidas, momentáneas, trazadas en un minuto sobre el velador de un café. Iba lanzándolas en los periódicos literarios, sin que se propusiera producir un conjunto armónico. No es el caso de otra obra similar, el *Intermezzo*, de Heine, que es un organismo intelectual concebido desde el principio con unidad ideológica. Luego, los amigos de Bécquer, yo, especialmente—seguía diciendo Correa—, le aconsejamos que reuniera aquellos suspiros de dolor bajo un título común y con cierta gradación sentimental. Así nacieron *Las Rimas*.»

La popularidad de ellas fué tan grande que hubieran caído

en el desdén de las cosas vulgares, si no las avalorase el nervio poético que aun las mantiene en plena frescura. Ni aun los imitadores, que surgieron como plaga morbosa, lograron que decayera el entusiasmo de profanos y doctos por aquellas canciones conmovedoras.

Poco hace que un crítico eminente, severo valorador de reputaciones, *Azorín*, les dedicaba una página bellísima, saturada de tierna veneración.

Hablo yo de Bécquer mediante las ajenas, citadas referencias, porque sólo le ví una vez, siendo yo niño, cierta noche en que mi padre me llevó al Teatro de Variedades, de Madrid, donde el gran Julián Romea, interpretaba una de sus obras predilectas: *Sullivan*. En uno de los entreactos, cruzó por el estrecho pasillo de las butacas un hombre que vestía pobrísima y vieja levita, y llevaba en la mano un sombrero de copa nada flamante.

«Ese es Bécquer»—oí decir á alguien. Clavé en él mis ojos y le seguí hasta que se perdió de vista. La misma persona que lo había nombrado continuó refiriendo detalles de su vida. Estaba herido de muerte: tuberculosis, desarreglos cardíacos insomnios invencibles. Un año después, moría á los 34 de edad.

Odiaba Madrid y la vida cortesana. Lo que le placía era el campo solitario, y las antiguas ciudades históricas, en que cada piedra es un recuerdo.

«En Madrid—decía él—las calles chillan y alborotan, sin que sea posible saber lo que quieren expresar. En cambio, Toledo, habla con sus piedras lustrosas, y nos cuenta mil dulces ó terribles efemérides. El amoroso silencio de la ruina deja sonar la voz del pasado.»

Por eso gustaba Bécquer de pasar días y días en la Imperial Ciudad con su hermano Valeriano, un pintor de mérito. Cuando lo hacía hospedábase en la vieja *Posada de la Hermandad*, así llamada porque fué en otros siglos cuartel de Cuadrilleros. Y la época más feliz de su vida fué la que pasó en el monasterio de Veruela.

Pero Toledo era su pasión. Al morir, en el delirio final, hablaba de Santa María la Blanca, del Castillo de San Servando y del Palacio de Galiana.

Los señores Alvarez Quintero han unido á sus altos

merecimientos literarios de insignes dramaturgos, la obra de justicia de erigir al poeta sevillano un monumento cerca del Guadalquivir. Por las dulces riveras del padre Betis, vaga la doliente sombra, y el susurro del aire que perfuman azahares, parece repetir la endecha tormentosa del alma enferma del mal de lo sublime.



Ahora veo que avanza hacia mí con andar descompuesto, la capa caída y casi arrastrando, el sombrero de copa echado atrás, un puro en la boca, los ojos extraviados, la guedeja entrecana desparramada sobre la frente, un hombre de aspecto extraño, que ya parece viejo estudianton desarrapado de las antiguas aulas, ya misero gacetero de los que en los comienzos del régimen constitucional inundaban de prosa las publicaciones propagandistas.

La nariz ancha y larga, la frente preñada de lóbulos prominentes, el bigote de corte marcial, completan el retrato.

Ahí tenéis á uno de los ingenios más bravíos, más fecundo, más indisciplinados y cimarrones de la literatura contemporánea. Él escribió dramas y poemas; él llenó de novelas el mercado. Con sólo amontonar los libros que hizo, habría un alto pedestal para su estatua.

Así despilfarraba su dinero como su ingenio. A veces el amor al arte le imponía la disciplina del trabajo, y entonces creaba obras admirables. A veces el desprecio del público le arrojaba á una labor desenfrenada, y entonces daba de sí engendros monstruosos. Representaba en las letras la irregularidad. Estoy hablando de Don Manuel Fernández y González.

Su canto á la *Batalla de Lepanto* recuerda las inspiraciones de Herrera. Sus dramas *Cid Rodrigo de Vivar* y el *Cardenal Cisneros*, son de una vehemencia genial y de un relieve shakespereano. Sus novelas *Men Rodríguez de Sanabria* y *El Pastelero de Madrigal* podrían entrar en la biblioteca de Walter Scott. Y entre la montaña de volúmenes que este autor hizo, hay obras que serán leídas con placer en todo tiempo; y las hay que son una ofensa al talento de quien les dió vida.

«—Me acusan—decía Fernández y González—de ser

desigual en mi obra. Es que yo paro todos los días, y no todos los días nacen príncipes.»

Conocida es la vanidad estruendosa de este maestro. Ya en broma, ya en serio, se otorgaba unos panegíricos que hacían reír aún á sus mayores amigos.

¡Debilidades de niño que eran en este viejo famoso restos de una infancia que se cubría de canas! Como le censuraran esos excesos de un lamentable orgullo, respondía: «—Eso lo hago para asombar á los tontos y desesperar á los envidiosos.» Objetábanle que éstos se alegrarían de que él incurriese en el abuso de la vanidad, y replicaba el novelista: «—No lo crean ustedes. El envidioso rabia de la satisfacción ajena, aun cuando ésta se funde en risibles vanaglorias.»

Una noche en el Ateneo, alguien preguntaba á Fernández y González, para poner á prueba su orgullo y su ingenio: —Maestro, dígame en confianza, ¿quién cree que ha acreditado ser en las letras un genio más grande: Usted ú Homero?

Don Manuel, dando una fuerte chupada á su cigarro, y entornando sus ojos asimétricos, contestó sólo tres palabras que son un abismo de candorosa vanidad. Exclamó: —Diré á usted...

Desdeñaba los afeites retóricos y las pulcritudes de estilo, y sobre esta teoría pronunciaba frases singulares.

«Yo soy bosque, no soy jardín. Los que peinan, pulen y acicalan su estilo, fabrican alhajuelas para niñas. Yo hago cascos para guerreros y custodias para Dios vivo.»

Un día le hallaron en la Biblioteca de la Trinidad muy ensimismado en la lectura de los dramas de Shakespeare.

—¿Qué hace Vd. por aquí?—le preguntaron—¿Buscando ideas?

Don Manuel repuso con cierta cólera:

—No señor. Nadie busca lo que le sobra. Esto no es una lectura, es una visita. He venido á ver á Shakespeare y á tranquilizarle. Le he dicho que yo voy á escribir una tragedia, pero que respetaré su gloria. Y ahora mismo me estaba dando gracias este buen amigo.

La fantasía, la paradoja, la invención originalísima y en ocasiones extravagante, le alejaban de la realidad.

La leyenda ha establecido que Don Manuel era ignorante. Hay en tal supuesto exageración. Ciertamente que no se pasaba las

noches estudiando, pero le rodeaban las viejas crónicas de donde sacaba los personajes de sus relaciones históricas. Su visión del Rey Don Pedro de Castilla es una exactitud no corregida por los nuevos estudios de la crítica.

Conocía á maravilla las gestas de almoravides y almohades, y cuando le dijeron que Dozy había publicado importantes revelaciones de la historia árabe española, exclamó:

—Lean ustedes mi novela *El pozo de los murciélagos*, y verán si me hacen falta á mí esas erudiciones para saber cómo vivían nuestros abuelos, los hijos de Mahoma.

Una tarde del mes de Noviembre de 1879, poco antes de que obscureciera, iba yo paseando por los altos de Chamberí, cuando me topé con Don Manuel, quien marchaba lentamente, embozado en su capa.

—¿Dónde bueno? —le pregunté.

—Voy—me contestó—hacia la paramera de Mahudes, el paraje grato á las brujas madrileñas, donde hace veinte años me encontré con Satanás.

Como la risa apareciera en mis ojos, Fernández y González me dijo con cierta severidad:

—No se chancee el mozuelo. Ni es caso de risa, sino muy serio y grave. De punta se le pondrían á V. los pelos, si se encontrara como yo aquella noche á Lucifer.

—¿Y cómo fué, maestro?—interrogué.

—Pues estaba yo planeando una novela fantástica, y rondaba por las tapias de los cementerios, en busca de inspiraciones tétricas, cuando vi que se acercaba á mí un hombre vestido con amplio carril negro y cubierta la cabeza con sombrero de copa de fieltro gris. Era su estatura elevadísima, su aspecto imponente. Cuando estuvo cerca de mí, se detuvo y me dijo:

«—Aquí me tienes.»

No me sorprendió tanto el tuteo como el que pareciese dar á entender que yo le esperaba.

«—¿No me conoces?—añadió—. Pues soy el Demonio y he venido á regalarte un libro...»

Con palabras sutiles, de fuerza expresiva mayor que cuantas había oído yo en la vida, me contó una historia de que él era protagonista. Quedó el relato en mi memoria, y trasladándolo á las cuartillas, resultó mi cuento en dos volúmenes:

*Luisa ó el Ángel de Redención.* En esta obra aparece Satán con el pseudónimo de *El Barón del Destierro*.

—Mire usted si puedo darme tono de ser el único novelista que le ha visto las barbas al Padre de las Tinieblas.

Entonces Don Manuel soltó la carcajada. Nadie reía como él, con estentórea risa que paraba á los transeuntes asombrados de aquel buen humor ciclópeo. Así reirán los Gigantes pintados por Miguel Ángel en las logias florentinas, si el júbilo tiembla en los colores que les dieron sér.

Aquel hombre que había ganado tanto dinero con sus libros, murió en la pobreza. Lanzó el último suspiro en un catré miserable en ruín cuartucho de una casa de vecindad de humilde barrio. No había en la estancia más que un montón de libros viejos, un tintero sin pluma y una estampa de la Virgen del Carmen de la que era devoto el malaventurado escritor. En aquella existencia que fué una tempestad, brilló siempre la estrella de la fe.



En la tarde del día 20 de Junio de 1898 era conducido desde el Palacio de la Real Academia Española de Madrid al Cementerio de San Isidro el cadáver de un varón eminente, gloria de las letras hispanas: Don Manuel Tamayo y Baus.

Escasa era la concurrencia, modestísimo el entierro. Unos cuantos académicos, una docena de amigos del finado seguían la humilde carroza funeraria.

Dos razones determinaban la pobreza del homenaje. Tamayo había dispuesto que se le enterrara sin boato. Además, pesaba entonces sobre la capital de España, y sobre la nación toda, la amargura de las guerras coloniales, que habían llegado á su período de mayor empeño. Reconcentrada en su dolor el alma nacional, no prestaba atención á los sucesos que en torno ocurrieran. Puede decirse que el día en que murió Tamayo, España sufría su propio duelo.

Había nacido Tamayo en Madrid el año 1829. Sus padres fueron comediantes, José Tamayo y Joaquina Baus. Aprendió á leer deletreando comedias, y recibió su educación primera entre bastidores. Con una precocidad inverosímil en aquellos estudios desordenados, en los que apenas tuvo maestro, á los siete años poseía el francés, sabía algo de latín, conocía la

historia de España, y se recreaba leyendo las *Vidas paralelas* de Plutarco, esa obra fecundadora de tantos altos espíritus.

A los ocho años traducía y arreglaba comedias francesas que los padres del preciosísimo escritor ponían en escena.

En el noble aliño de la prosa, y en la maestría y el seguro criterio con que eran reformadas y corregidas esas producciones, se revelaba ya la superioridad del talento de quien iba á ser el primer dramaturgo español de su tiempo.

En la primavera de 1839 presencié la ciudad de Granada un espectáculo emocionante. Actuaba en el teatro Principal una compañía dramática de la que eran figuras salientes José Tamayo y Joaquina Baus. Se estrenaban una comedia en cinco actos, arreglada del francés, que se titulaba *Genoveva de Brabante*. Cuando el auditorio pidió que saliese á escena el autor, la Baus dijo: «Esta comedia es francesa. Quien la ha refundido es mi hijo.»

Y poco después aparecía entre los cómicos un niño de diez años, agitado, convulso, los ojos llenos de lagrimas por lo inesperado y ruidoso de la ovación. Era Manuel Tamayo, el que andando los tiempos iba á escribir *Un drama nuevo*.

Quando en el 1880 tuve yo el honor de tratar al señor Tamayo, y le preguntaba sus impresiones de aquella noche, por si aun quedaba rastro de ellas en su memoria, me contestó:

—Casi no me acuerdo de eso que usted dice. Es como un sueño. Sí; es verdad que, con la audacia inocente de la niñez, perpetré ese y otros delitos de lesa literatura. Debieron prohibírmelo, darme unos azotes y mandarme á la cama sin cenar. Pero mis padres sentían por mí el entusiasmo que todos los padres por su hijos, y estaban encantados..... Naturalmente, el público aplaudió, por que le hacía gracia aquella precocidad. Lo que sí sé es que sentí luego tanta vergüenza por haber obtenido alabanzas con un engendro tan absurdo, que decidí no volver á escribir para el público hasta que hubiera estudiado lo necesario.

El insigne académico y sabio polígrafo Don Aurelio Fernández Guerra, en cuyo despacho de bibliotecario de la Academia se sostenía esta conversación, añadió:

—No crea usted que es exacto ese juicio de Don Manuel. Es harto severo. El original de esa obra francesa es malo, pero

su arreglo está perfectamente hecho y limpiamente escrito. Ya se veía que quien lo ejecutó iba á ser un dictador del idioma.

Protestó Tamayo de tales palalabras. No podía resistir el elogio. Le mortificaba y le encendía en ira. Era de genio adusto, áspero y duro en el trato, bien que cortés y llano. La severidad era el rasgo saliente de su persona moral.

Había cumplido los 29 años cuando fué elegido académico de la Española. Todos los *inmortales* estimaban indiscutibles los méritos de Tamayo para entrar en el ilustre cuerpo, pero algunos hallaban que era el aspirante hartó joven.

Nocedal les argüía:

—La edad de Tamayo no está en su fe de bautismo, sino en *Virginia*.

Era verdad. Aquella tragedia, que es sin duda la mejor de cuantas se han escrito en castellano, le abría de par en par las puertas de la Academia, como le había abierto las del templo de la fama.

Y ocurrió una cosa singular. Desde que tomó posesión de la silla académica, Tamayo desapareció del mundo como escritor. Prestó su pluma á un ser que su voluntad creara y al que bautizó con el nombre de *Joaquín Estébanez*. Este fué el autor de todas sus obras subsiguientes, entre ellas del inmortal *Drama nuevo*.

Detrás de aquel pseudónimo se escondía Tamayo, llevando á tan riguroso extremo su resolución, un tanto pueril, de vivir apartado de sus creaciones, que se enojaba cuando alguien insistía en sacarle de su escondite.

Había en ello un efecto de su disgusto con el público y con la crítica, que aun otorgándola aplausos, no acertaron á colocarle entonces en el elevado lugar de estimación que le correspondía.

La mejor prueba del poderío creador de Tamayo está en la manera como trató dos grandes figuras de la historia.

Una es Doña Juana la Loca. Anticipándose por genial intuición á los modernos estudios, entre los que destaca el sabio y completísimo de Rodríguez Villa, Tamayo resucitó á la triste Señora de la Monarquía castellana en *Locura de amor* presentándola tal y como era, en toda la magestad de su dolor de hembra desdeñada, y en toda su amargura de reina ofendida.

Otra figura evocada por nuestro autor es Shakespeare.

Es casi imposible sacar á escena al genio sin que resulte su reencarnación parodia risible. Los que han visto representar *Un drama nuevo*, dirán si concebían al inmortal Willian de otro modo que como aparece en aquel final trágico inolvidable.

Manos semidiosas hacen falta para tocar esos fantasmas luminosos de suprema poesía, sin empequeñecerlos ó mancharlos.



En 1880, siendo yo Director de *Los Lunes de El Imparcial*, tuve el honor de que comenzara á colaborar en aquella hoja literaria el mayor de los poetas contemporáneos: Don José Zorrilla.

Allí publicó sus admirados *Recuerdos del tiempo viejo*, de los que basta el nombre para la fama. Desde entonces hasta el día en que desapareció de entre los vivos el creador de *Don Juan Tenorio*, gocé la dicha de su amistad.

Era aquel viejecito de blanca melena y menuda talla tan cortés y afectuoso que por donde iba, dejaba sembrado el amor. Optimista y dulce, pasaba las amargas de un vivir incierto, en que hubo días de escasez, con el semblante risueño.

«Yo—decía—tengo siempre la copla en los labios y el júbilo en el corazón.»

Hasta en las ocasiones más duras y difíciles se sobreponía á las tristezas su espíritu jovial. Y aun en sus lamentos había risas.

A fines de 1891 me escribía:

«Mis achaques me están acabando. ¡Qué viejo me siento! Yo, que antes fatigaba á los andarines, apenas puedo dar media docena de pasos sin ayuda ajena. Para colmo de males me han salido en la cabeza unos bultos que, sobre ser dolorosos, son ridículos. ¡Un poeta con tolondrones!... ¿Dónde me pondrán la corona, aquella de Granada? Créame, amigo querido, más estoy para que me entierren que para que me festejen.»

Cuando, después de su larga y accidentada estancia en América, regresó á Madrid, recibió el homenaje nacional.

Inolvidable para los que la presenciamos fué aquella velada del Ateneo en que Zorrilla leyó las composiciones que acababa de escribir, *La siesta*, *La herrería*, fragmentos de su *Romancero del Cid*.

Fué para la generación literaria del 80 una sorpresa mezclada de entusiasmo, el resurgimiento del vate romántico á quien ya se juzgaba concluido. La envidia había dictaminado que Zorrilla estaba muerto. «Su hora ha pasado»—decían los que jamás creen que ha llegado la hora de nadie—. «Vamos á asistir al pasado de un cadáver semoviente.....»

El cadáver ganó una victoria clamorosa. Un torrente de poesía había entrado en el salón del Ateneo, y de allí salió por los ámbitos hispanos. La voz armoniosísima del cantor sonaba antes en los corazones que en los oídos.

«¿Qué quieres que te cuente?  
¿Qué quieres que te cante?»

Y la tierna leyenda flotaba en los aires como música angélica. Porque nadie ha leído como leía Zorrilla, nadie ha sabido como él apoderarse del auditorio, y estremecer los ánimos, y cautivar la atención.

Él aseguraba que había sido recitador antes que vate. «Nací á la fama—así hablaba él—recitando en la trágica tumba de *Fígaro* una poesía de circunstancias, de escaso mérito. Por la habilidad con que la dije, me hizo célebre en un instante. Por eso exclamaba Roca de Togores: «Aquí ha muerto un literato y ha nacido otro.....» «Ya ve usted lo que podría esperarse de un hombre que ha nacido en un cementerio.»

Es sabido que Zorrilla había vendido su *Don Juan Tenorio* á un editor en 3.000 reales. Esta obra ha producido una fortuna, de la que no participó el autor.

Y sin duda por eso llegó á sentir odio terrible al aventurero sevillano, odio que se manifestaba en graciosas invectivas.

«Ese malvado enamoradizo y espadachín—decía—no sólo va á vivir más que yo, sino que va á acabar conmigo. Nadie sabe los daños que me ha causado. Cuando me quejo de inopia, me contestan: «¿Para que malvendió usted ese drama? Si hubiera conservado su propiedad sería usted rico.» De modo, que no sólo trabaja él para enriquecer á quien no le dió vida, sino que me quita los medios de vivir á mí..... ¡Y para eso

me he quemado yo las cejas buscando con la tonta de *Doña Inés* manera de salvarle del fuego eterno que merecía!»

Un crítico de cuyo nombre no quiero acordarme, y de quien nadie se acuerda tampoco, tuvo la ocurrencia de emprender una campaña contra Zorrilla; y comenzóla procurando probar que *Don Juan Tenorio* es un puro disparate.

Zorrilla tomó la pluma y le dirigió una carta en la que le decía poco más ó menos: «¡Gracias á Dios que ha llegado mi vengador! Sí, es cierto lo que usted asegura. Mi *Don Juan* es un desatino, el peor drama que se ha escrito. No debe representarse más. Ayúdeme usted á que sea por siempre borrado de los carteles escénicos. ¡Bastante ha molestado ya al público con sus audacias, con sus arrullos de amor y con sus estocadas!»

Tal vez ha sido Zorrilla el único autor que ha querido destruir su obra más célebre y popular.

Hay que admirar en Zorrilla no sólo el estro poético fecundo y rico, y la potencialidad narradora, y la insuperada maestría para describir, y la armonía musical, que no es ya la de un instrumento, sino la de toda una orquesta. También hay que admirar el conocimiento del idioma que no tenía para él secretos. Así las rimas del poeta son fierezas en los Campos de Montiel cuando pelean los dos reales hermanos; y oración sublime cuando *Margarita la Tornera* vuelve, después de sus aventuras, al altar olvidado de la Virgen; y deliquio de amor en la quinta del Guadalquivir, y en todo caso lo que corresponde al sentimiento y á la idea.

No se ha contentado él con expresar cosas humanas, sino que también ha acertado á expresar misterios de la naturaleza, el ruido del bosque, el murmurio de las fuentes, el soplo de los huracanes, el aleteo del ave que surca el espacio, y el fragor de la batalla, cuando chocan arneses, espadas y corazas.

Alguien le preguntaba si le requería algún esfuerzo hallar consonantes y asonantes, ritmos y cadencias. A lo que respondió Zorrilla:

«—Eso no es cosa mía. Eso es obligación que tienen las palabras, y ellas la cumplen. Las llamo y cada una acude cuando debe.»

Donoso modo de expresar que los versos fluían de su

pluma por una ley natural, como la corriente de los ríos cae por el desnivel del cauce.

★ ★ ★

De cuantos retratos he visto de Don Pedro Antonio Alarcón —ahora voy á hablaros del autor de *El Sombrero de tres picos*—ninguno lo representa con su realidad física y espiritual como uno en que está vestido de moro tetuaní, y que le hicieron en 1860, cuando entraron las tropas de O'Donnell en la ciudad del río Martín.

Es que, según él mismo tiene dicho, era un árabe cristiano que se quedó olvidado por acá en los días de la Reconquista. Por eso en aquella memorable ocasión Alarcón fué el natural cronista de la empresa, y lo que de ella escribió quedará por siempre en el archivo de las obras de arte.

El cráneo amplio y con más que mediana calva, la barba negra sembrada de hilos de plata, los ojos negrísimos—*ojos de pozo* le denominó un su amigo—los labios gruesos, desgarrados, sensuales y burlones, el talle prócer, el andar lento, hacían pensar en algún morazo principal dueño de camellos y mulas, de esclavos del Sus y de un harén escogido y bien guardado.

¿Y por qué no había de ser su linaje accitano uno de los que en las entrañas de la Cordillera Alpujarreña quedaron cuando el trágico éxodo de los islamitas españoles? Casi nos lo revela el gran novelista en su libro prodigioso *La Alpujarra* y en aquella poesía en que se retrata tan graciosamente.

Los encantos de su conversación enamoraban á quien tenía la dicha de gozarlos. Su buen sentido irónico brillaba en singulares paradojas. Cuando de sobremesa tomaba la palabra se quedaba con el auditorio para toda la velada.

Cánovas, cuyo ingenio lucía tanto en el diálogo de los salones y de las comidas aristocráticas, y que era celoso de estos triunfos mundanos, como si no le bastaran los de la tribuna y los de la gobernación, preguntaba una vez á una dama que le había invitado a un banquete:

—¿Va también Pedro Alarcón? Porque si va, ya sé que tengo que resignarme á ser oyente.

Enterado de esta manifestacion Don Pedro, dijo á Cánovas:

—Como tú eres Presidente del Consejo de Ministros y yo

no soy más que Consejero de Estado te debo obediencia. Tú me advertirás cuando puedo decir algo gracioso. Y si me lo ordenas, me resignaré á pensar por tonto. A lo que repuso Cánovas:

—No; ese papel está ya repartido. Le desempeña con sumo acierto X (un personaje político que asistía á estas fiestas y de quien era proverbial la solemne majadería).

Añadió Alarcón:

—Ten en cuenta que yo me ofrecía á hacer el tonto que calla, no el que habla.

—Eso no podrías aunque quisieras—dijo el Presidente.

—Está bien—concluyó Alarcón—; y te doy gracias por la hipótesis. Pero habrá que llegar á un arreglo definitivo, porque si tú te quieres quedar con el monopolio del aplauso de las damas para decir un chiste, va á ser preciso hacer una revolución.

Hallábanse en una tertulia Alarcón y Miguel de los Santos Alvarez, el ilustre holgazán que no escribió sino lo necesario para que su pereza fuera juzgada como un crimen contra las letras; y comenzaron ellos á conversar, sin haberse antes puesto de acuerdo respecto al tema, fingiendo que eran los representantes en España del más inverosímil y diabólico negocio que cabe imaginar; de una empresa extranjera que se dedicaba á establecer volcanes en las poblaciones que de esta manera querían aumentar sus atractivos. Ellos montaban un volcán como si se tratara de un jardín ó un velodromo.

La extraña idea, expuesta con toda seriedad y con los detalles más minuciosos, causó la estupefacción de los oyentes, que estuvieron á punto de temer que ambos escritores habían enloquecido. Desde entonces, siempre que coincidían en algun círculo madrileño los amenísimos burlones, renovaban esta conversación grotesca.

—¿Sabes querido Miguel, que el volcancito de Coria nos está fastidiando? No hay modo de que eche chispas.

Y Miguel de los Santos contestaba:

—Torpeza de los operarios. Iré yo por allá, y ya verás que inundación de lava.

—Es—comentaba Alarcón—como si mi amigo y yo hubiéramos tenido verdaderamente un negocio en el que no hubiésemos perdido ni ganado. Esa es la vida; empresas

absurdas y negocios serios que traen, con la ruina, la deses-  
peración y la locura. ¿Qué más da un Banco que un volcán?  
La cuestión es pasar el rato.

Espiritualista y católico, era Alarcón adversario del natura-  
lismo y combatía los excesos de Zola y sus discípulos. En sus  
conversaciones sintetizaba sus juicios acerca de tal materia en  
ingeniosos epigramas ó en apóstrofes elocuentísimos.

«El novelista á lo Zola—decía—es un hombre que cuando  
va de paseo, huye de los jardines, y busca los pudrideros.»

Se le objetaba que no hay idealismo más elevado que el de  
Job, que vivía entre el estiércol. Y él respondía:

—Cuando se lleva en el alma la santa abnegación, se  
convierten los estercoleros en jardines, pero los mantenedores  
del naturalismo, que es el egoísmo de los instintos, truecan los  
vergeles en podrecimiento y basura.

Bien que la fe saturase el espíritu de Alarcón, y aun  
cuando son todos sus libros propios de un elevado moralista,  
donde campea con mayor viveza su talento es en la relación  
desenfadada y libre. ¿Quién olvidará el donaire de *El Sombrero  
de tres picos*?

Cuando la enfermedad le arrebató la pluma de la mano,  
preparaba otro cuento por el estilo del de *El Corregidor y la  
Molinera*. Iba á titularse *La gracia de indulto*, é iba á ser la  
aventura de una hermosa hembra que á fin de lograr el perdón  
real para cierta pena impuesta á su marido, recorría carreteras  
y ventas, chancillerías y antesalas palatinas, cuerpos de guardia  
y secretarios ministeriales. La escena pasaba en los comienzos  
del reinado de Fernando VII, y prometía ser en las letras lo  
que en la pintura es *La Vicaría*, de Fortuny.

Por las páginas de Alarcón pasa ese hábito confortador que  
ya parece perdido en la inmensa tristeza de la literatura nueva:  
la risa castiza. El día en que él murió, había ganado una  
batalla el tedio.



Y ahora, para concluir, voy á salirme un tanto del campo  
de las letras, hablándoos de un músico; pero no es ello una  
extravagancia de mi plan, porque este músico era además un  
litérato de gran relieve entre los historiógrafos del siglo de  
oro de las artes hispánicas.

Para presentarle quisiera yo que sonaran aquí bandurrias que puntean, guitarras que vibran sus recios bordones, canciones del pueblo, coplas del puerto y del mercado.

Entre esas armonías surgiría naturalmente la figura del maestro de quien quiero ocuparme. Voy á hablar del Rossini español. Voy á hablar de Don Francisco Asenjo Barbieri.

Los que le vieron grave y solemne llevar al templo de la erudición las famosas cartas de Lope de Vega; los que conocen su *Cancionero general de los siglos XV y XVI*; los que asistieron á su recepción en las Academias de Bellas Artes y de la Lengua; los que han saboreado sus escritos de historia y crítica, no acertarán á unir al anciano ilustre de venerable aspecto con la desenvuelta y gallardísima inventiva de sus zarzuelas, que son el regocijo picaresco hecho música.

Ni creerán que aquel rostro severo, en el que campeaban doctorales anteojos, es el de quien, por los años del 40 al 50 fué un aventurero audaz, ansioso de gloria y de placeres, cuya vida podría emparejarse con la de los héroes de Mateo Alemán y Hurtado de Mendoza, salvo el honor que la pintoresca turba castiza dejaba como bagaje inútil, y que Barbieri conservó siempre en su noble corazón caballeresco é hidalgo.

Desde el nacer acompañóle el genio de las artes. Le tuvo en la pila bautismal de una iglesia madrileña, la musa de la tonadilla. Una hija del entonces célebre autor de canciones, Blas de Laserna, fué su madrina; y mientras las aguas que limpian el pecado original caían sobre la frente de Francisco Asenjo Barbieri, el órgano tocado por aquel compositor dejaba oír una de las más populares y alegres jácaras que sonaron en Maravillas y en Lavapiés. Diríase que aquellas notas quedaron en el cerebro del infante, y allí luego se convirtieron en *Pan y toros* y en *Los Comediantes de antaño*.

Los padres del músico quisieron que siguiese carrera científica. Pretendieron que fuese ingeniero: no se avino el mozo á las austeridades de la matemática.

Luego procuraron que fuese médico; tampoco le llamaba Dios por ese camino. Él decía, cuando ya viejo y célebre contaba su vida:

«Al ponerme en la mano un escalpelo para que abriese el torax de un cadáver horrible, en la Clínica de Santa María de Madrid, sentí un indomitable espanto. Solté el hierro, eché

á correr y no volví más por aquel lugar siniestro..... Y lo mismo me aconteció cuando me pusieron delante de un encedado en el que había centenares de número y de letras. No fuí médico por miedo á los cadáveres. No fuí ingeniero por miedo á las ecuaciones.»

Era el abuelo de Barbieri alcaide del teatro madrileño de la Cruz y el muchacho asistía á ensayos y representaciones. Acertó á ir á aquel coliseo una compañía de ópera que ejecutaba las de moda entonces, las de Pasiello y Mercadante. El mismo autor ha referido sus impresiones de aquella época.

«La noche en que por primera vez—decía—vi la ópera de Mercadante, *II Bravo*, no pude dormir. Parecía como si la música del maestro famoso hubiera despertado en mí otra música que estuviese callada en el silencio de mi alma ignorante. Comprendí que en lo sucesivo, me sería imposible ocuparme de cosa alguna que no fuera la música. En cuanto me levanté fuí á buscar á mi abuelo, y le dije:

— Quiero ser músico. Quiero ir desde hoy mismo al Conservatorio.

El buen anciano recibió con alegría mi deseo y así empezó mi educación musical.»

Luego, desgracias familiares que no es del caso referir, le impusieron infinitas mortificaciones. Pasó hambre, careció de lugar, vistió andrajos. Fué músico de un batallón de milicianos madrileños con el pingüe haber de tres reales diarios. Fué apuntador de compañías de zarzuela y *sugeritore* de compañías de ópera. Fué copista de partituras. Fué corista. Llegó á ser partiquino en una cuadrilla musical de último orden y, como su voz era mediana, recibió no pocos agravios del auditorio.

«En aquella triste era de mi mocedad—refería—conocí los coliseos españoles por la variedad hortícola que cada uno prefería en sus demostraciones de entusiasmo. En Zaragoza, el tomate; en Valencia, el pepino; en Tudela, la patata; en Córdoba, el higo chumbo..... Yo no aprendí á contar; pero sí la riqueza agrícola de cada país. Y aun les estoy agradecido; porque, en justicia, debieron matarme.»

Pero á fuerza de trabajos consiguió que se estrenara en Madrid una zarzuela suya, *Gloria y peluca*, y eso bastó á la fama y á la fortuna.

Poco después logró el triunfo de *Jugar con fuego*, en un libreto de Ventura de la Vega. Barbieri había vencido.

En su copiosa labor, tan conocida que no es preciso enumerarla, respondió siempre á la tradición nacional. De su estudio de las viejas canciones quedó en él la solera que perfuma cuanto escribió. Sonaba en su mente la villaneta de *Los tres ánades madre*, que cantaban los tercios en los campamentos de Breda, y la *Chacona* que á todo momento alegraba las tiendas de los barberos quevedescos, y la *Zarabanda*, á cuyo lujurioso ritmo danzó la *Gitanilla* de Cervantes, y la seguidilla del Toboso, y el jaleo jerezano y las inagotables variedades de vuestra lira popular.

En su postrer período de vida, esclavo ya de la enfermedad, ocupábase en componer una obra en la que aspiraba á sintetizar los rasgos de su talento. Quería que fuese una gradación de ternura é ironía, de pena y de contento, de esperanzas y desilusiones, todo ello envuelto en una ola de carcajadas.

Esta será—decía el maestro—la canción del alma española que echa de menos sus pasadas glorias; pero que ni aun cuando teme haberlas perdido para siempre, acaba de ponerse triste. Iba á llamarse esta partitura *El bolero afligido*.

No la podré concluir—exclamaba en sus postrimerías—. La muerte agita ya su batuta mandándome dejar en silencio las teclas del piano..... Yo, yo soy el *Bolero afligido*..... Afligido por los años y por las dolencias. Esta idea que se me ha ocurrido tan á última hora, tiene cierto carácter simbólico. Hay instantes en que me siento alegre y creo que las castañuelas van á repiquear en mis manos. Pero luego me convenzo de que debo abandonar los amores del arte y pensar no más que en los eternos amores.....

Así concluyó aquella vida de ingenio y arte.

Y ya que vuestra cortesía no interrumpe este penoso divagar mío por las tierras del recuerdo, pobladas de sombras queridas, ellas serán las que me impongan silencio.

Imposible es evocar tanta memoria veneranda sin que el corazón tiemble. Perdónenme los maestros admirados esta profanación de su augusto reposo. Perdonadme vosotros también.



## Junta Directiva

24 de Febrero

En la ciudad de Málaga á 24 de Febrero de 1916 se reunió en Junta Directiva la Sociedad de Ciencias, bajo la Presidencia de D. Enrique Laza y con asistencia de los señores Ruiz Gutiérrez, La Muela, Sanz Egaña y Rísquez.

El Presidente manifiesta que habiendo sido invitada la Sociedad de Ciencias á la recepción del Sr. Obispo Auxiliar de Málaga, procede que una comisión de la Directiva acuda á la estación y se acuerda comisionar al Presidente y al Secretario.

En vista de que el Sr. Ortega Munilla ha de dar una conferencia el día 2 de Mayo, se acuerda aplazar la Junta general ordinaria que correspondía verificar ese día para el 9 de Mayo.

La Junta acuerda ver con satisfacción la gestión del señor Marvier quien desea dar una conferencia sobre cuestiones de Entomología.

Propone la Presidencia á la Directiva la necesidad de publicar un número extraordinario del BOLETÍN que inaugure la serie de los que han de publicarse. En dicho BOLETÍN, por acuerdo de la Junta, se publicará, además de la conferencia del Sr. Orueta, el acuerdo en que dicho señor fué nombrado socio de honor, la lista de socios y un resumen histórico de la labor de la Sociedad desde su fundación. También acuerda la Junta que se impriman los diplomas de socios y que éstos contribuyan con una cuota extraordinaria á los gastos de dicha impresión. Para la redacción de esos títulos se comisiona á la Presidencia.

Y no habiendo más asuntos de que tratar, se levanta la sesión.



## Sesión Ordinaria

9 de Marzo

En la ciudad de Málaga á 9 de Marzo de 1916 se reunió en Junta general ordinaria la Sociedad Malagueña de Ciencias, bajo la Presidencia de D. Enrique Laza y con asistencia de los señores Jiménez Lombardo, Rodríguez Spiteri, Ruiz Gutiérrez, Vilches, Albendín, Molina (D. Juan de Dios) Sanz Egaña y Risqueuz.

Se leen y aprueban las actas de las sesiones ordinarias y extraordinaria del mes anterior.

El Sr. Tesorero presenta los recibos no satisfechos y, habiendo entre ellos algunos que caen dentro de los prescrito en el artículo 12 del Reglamento, se acuerda aplicarlo en todas sus partes.

### Comunicaciones

Se da lectura á un telegrama del Comisario Regio de Seguros Sr. Armiñán, en que participa el haber conseguido dos mil pesetas de subvención para la Sociedad y de una R. O. en que se participa lo mismo oficialmente. El Sr. Presidente manifiesta que oportunamente contestó al telegrama con otro (que se lee) y que ahora corresponde á la Sociedad manifestar su gratitud al Sr. Armiñán, pareciéndole debía nombrársele socio protector conforme á los precedentes establecidos. Así se acuerda y también que la Sociedad tome parte en la suscripción iniciada por la Cámara de Comercio para regalar al Sr. Armiñán las insignias de la Cruz del Mérito Militar con que ha sido agraciado.

Comunicación de la Facultad de Medicina de Granada contestando á la que se dirigió á la Universidad de dicho distrito y ofreciendo extensión universitaria por dos profesores de dicha facultad en época que se señalará. Se acuerda ver con sumo agrado dicha comunicación.

Otra del Sr. García Morente, catedrático de la Universidad

de Madrid, agradeciendo su nombramiento de socio correspondiente.

Otra de D. José Ortega y Gasset para lo mismo.

Otras comunicaciones de cortesía de diversas corporaciones y entidades.

El Sr. Secretario general cumpliendo el encargo de la Junta anterior, lee una propuesta de que la Sociedad se dirija al Ayuntamiento en súplica de que se coloque una lápida en la calle de los Afligidos, donde, según los estudios hechos, vivió el ilustre escultor Pedro de Mena y que así se comuniqué á don Ricardo de Orueta que inició dicha idea en una comunicación dirigida á la Sociedad.

El Sr. Jiménez Lombardo presentó á la Sociedad pruebas del plano de la provincia de Málaga con curvas de nivel, que ha servido de base para la ejecución del plano en relieve.

La Sociedad acuerda señalar un precio de venta á dichas copias y editar todas las que se soliciten. En cuanto al plano en relieve se harán diez ejemplares que la Sociedad venderá á los Centros oficiales y docentes que deseen poseerlas. También acuerda manifestar su gratitud á los señores Bouvier y Mena por su labor en estos planos.

Se adoptó definitivamente para el BOLETÍN el formato del de la Sociedad Española de Historia Natural.

El Presidente manifestó que el Excmo. Ayuntamiento ha acordado abrir por su cuenta la puerta á la calle de San Telmo. También da cuenta de la visita hecha por la Sociedad al señor Obispo auxiliar de Málaga y de la afectuosa acogida que le dispensó el ilustre Prelado.

Finalmente se acuerda en definitiva editar los títulos de socio en el papel pergamino, donado por el Sr. Presidente, y que su redacción sea en castellano y no en latín como en un principio se indicó por algunos señores socios.

Y no habiendo mas asuntos de que tratar, se levantó la sesión.



# SOCIEDAD MALAGUEÑA DE CIENCIAS

## JUNTA DIRECTIVA PARA EL AÑO DE 1916

PRESIDENTE: Don Enrique Laza Herrera.  
VICEPRESIDENTE: Don Manuel Jiménez Lombardo.  
SECRETARIO GENERAL: Don Cesáreo Sanz Egaña.  
SECRETARIO DE SESIONES: Don Jesús Rísquez Alfonso.  
TESORERO: Don Francisco Ruiz Gutiérrez.  
BIBLIOTECARIO: Don José de La Muela Alarcón.  
CONSERVADOR DEL MUSEO: Don Manuel Loro y Pérez del Pulgar.

VOCALES: } Don José R. Spiteri.  
          » José Mañas Bernabeu.

## Socios honorarios perpetuos

Don Domingo Orueta y Aguirre.  
» Pablo Prolongo Montiel.

## Socios honorarios

- Núm. 1 Don José Echegaray, Madrid.  
» 2 » Santiago Ramón y Cajal, Madrid.  
» 3 » Eduardo García Solá, Granada.  
» 4 » José Rodríguez Carracido, Madrid.  
» 5 » Augusto Krahe, Madrid.  
» 6 » Federico Gamboa, México.  
» 7 » Odón de Buen, Madrid.  
» 8 » José Gálvez Ginachero, Málaga.  
» 9 » Lucas Mallada, Madrid.  
» 10 » Domingo de Orueta, Gijón.

## Socios protectores

Don Eduardo J. Navarro y Pérez Valverde.  
» Antonio de Linares y Enríquez.  
» Fernando Maldonado y Parejo.

## Socios correspondientes

- Núm. 1 Don Francisco Chaves Pérez del Pulgar, Córdoba.  
 » 2 » Antonio Seras González, Sevilla.  
 » 3 » Francisco Guillén Robles, Granada.  
 » 4 » Lucas Fernández Navarro, Madrid.  
 » 5 » Bernabé Dorronsoro Ucelayeta, Granada.  
 » 6 » José Rodríguez Mourelo, Madrid.  
 » 7 » Diego Ruiz Rodríguez, Barcelona.  
 » 8 » Carlos E. Porter, Valparaíso.  
 » 9 » Ciriaco Irigoyen, San Sebastián.  
 » 10 » Max Koheler, Marbella.  
 » 11 » José Ortega Munilla, Madrid.  
 » 12 » José Castillejo Duarte, Madrid.  
 » 13 » Manuel García Morente, Madrid.  
 » 14 » José Ortega y Gasset, Madrid.  
 » 15 » Ignacio Fernández de la Somera, Gijón.  
 » 16 » Fernando de los Ríos Urruti, Granada.  
 » 17 » Juan Menéndez Pidal, Madrid.  
 » 18 » Paulino Fernández, Melilla.  
 » 19 » Lucio Bascuñana, Cádiz.  
 » 20 » Francisco de las Barras, Sevilla.  
 » 21 » Pedro Martínez de Torres, Sevilla.  
 » 22 » Alberto Jiménez Fraud, Madrid.  
 » 23 » Francisco Masip, Madrid.  
 » 24 » Ricardo de Orueta, Madrid.  
 » 25 » Francisco Téllez Ducoin, Cádiz.  
 » 26 » Alvaro del Busto, Madrid.  
 » 27 » Luis Siboni, Madrid.

## Socios de número

- Núm. 1 Don Juan G. Bolín, Alameda Carlos Haes, 4.  
 » 2 » Baldomero Ghiara Peral, Niño de Guevara, 4.  
 » 3 » Basiliso García de Alcaraz, Plaza de Mitjana, 5.  
 » 4 » José López Sánchez, Pasillo de Atocha, 2.  
 » 5 » Enrique Laza Herrera, Molina Lario, 4 y 6.  
 » 6 » Luis Souvirón del Río, Marqués de Larios, 3.

- Núm. 7 Don Enrique Vilches Gómez, Ramón Franquelo, 43.
- » 8 » José Cabello Roig, Torrijos, 49.
  - » 9 » José Rodríguez Spiteri, Alameda, 22.
  - » 10 » Luis Gómez Díaz, Méndez Núñez, 5.
  - » 11 » Julio Rivera Valentín, Nicasio Calle, 2.
  - » 12 » Eduardo Franquelo Carrasco, Madre Dios, 40.
  - » 13 » Enrique Ramos Puente, Madre de Dios, 42.
  - » 14 » Manuel Jiménez Lombardo, Liborio García, 1.
  - » 15 » Gustavo Jiménez Fraud, Torrijos, 98.
  - » 16 » Francisco Jiménez Lombardo, Liborio García, 1.
  - » 17 » Francisco Reina Manescau, Nueva, 33.
  - » 18 » Leopoldo Werner, San Lorenzo, 13.
  - » 19 » José Martos Roca, Hoyo de Esparteros, 9.
  - » 20 » Manuel Delgado, Alameda, 21.
  - » 21 » Juan Antonio López, Don Iñigo, 35.
  - » 22 » Gumersindo García Corpas, Acera de la Marina, 37.
  - » 23 » José Alarcón Bonel, Liborio García, 1.
  - » 24 » Francisco Eche copar, San Bernardo, 13.
  - » 25 » Cesáreo Sanz Egaña, Cárcer, 1.
  - » 26 » Juan Barroso Ledesma, Carlos Haes, 4.
  - » 27 » Francisco Ruiz Gutiérrez, Torrijos, 53.
  - » 28 » Juan Rodríguez Muñoz, Moreno Monroy, 2.
  - » 29 » Tomás Brioso Raggio, Montaña, 24.
  - » 30 » José García Herrera, Puerta del Mar, 24.
  - » 31 » Luis Encina Candevat, Sagasta, 8.
  - » 32 » Pedro Rico Robles, Cortina del Muelle, 19.
  - » 33 » Antonio Gómez de la Bárcena, Álamos, 36.
  - » 34 » Miguel Mérida Díaz, Nosquera, 9.
  - » 35 » Francisco Ballesteros Márquez, Fresca, 3.
  - » 36 » Cipriano Rey, Álamos, 10.
  - » 37 » José de La Muela Alarcón, Casapalma, 4.
  - » 38 » Jesús Rísquez Alfonso, Ángel, 6.
  - » 39 » Federico Sierra, Salvador Solier, 6.
  - » 40 » Victoriano Martínez Muñoz, Vendeja, 7.
  - » 41 » Miguel Martín García Varo, Mariblanca, 4.
  - » 42 » Fernando Guerrero Strachan, Larios, 3.
  - » 43 » Marcelo Grumiaux, Estación F. S. M.
  - » 44 » Rafael Ximénez de la Macorra, Augusto Figueroa, 32.

- Núm. 45 Don Juan Marín Sell, Santos, 4.
- » 46 » José Cepas Lopez, Victoria, 43.
  - » 47 » Ernesto Cepas López, Cuartel de Caballería, 44.
  - » 48 » José Campos Fontalva, Alameda Principal, 21.
  - » 49 » Agustín Sáenz de Jubera, Hotel Regina.
  - » 50 » Joaquín Ortiz Villajos, Plaza de la Constitución, 1.
  - » 51 » Pedro Ansorena, Bolsa, 1.
  - » 52 » Juan Fink, Torrijos, 70.
  - » 53 » Severiano Vega Seoane, Paseo de Sancha, 2.
  - » 54 » Domingo Bustos, Larios, 10.
  - » 55 » Julio Heredia Loring, Alameda Principal, 22.
  - » 56 » Gustavo Vallejo, Alameda de Colón, 16.
  - » 57 » Benigno García Castrillo, Cortina del Muelle, 27.
  - » 58 » Antonio Márquez, Torrijos, 102.
  - » 59 » Pablo de Jonge, Alameda Principal, 44.
  - » 60 » Antonio de las Alas Pumariño, Avenida de Pries, 16.
  - » 61 » José Mañas Bernabeu, Nosquera, 8.
  - » 62 » Manuel Loro y Pérez del Pulgar, Moja Bolívar, 2.
  - » 63 » Román Casares, Victoria, 40.
  - » 64 » José Huelin Sans, Alameda Principal, 9.
  - » 65 » Juan Heredia Gómez, Cortina del Muelle, 95.
  - » 66 » José Luis Maizterra, Larios, 10.
  - » 67 » Juan de Dios Molina, Juan Díaz, 5
  - » 68 » Emilio Muñoz Desloge, Puerta del Mar, 7.
  - » 69 » Pedro Sotorrio Castañón, Ventura Rodríguez, 14
  - » 70 » Enrique van Dulken, Alameda de Colón, 9.
  - » 71 » Eugenio Marquina, Avenida de Pries, 22.
  - » 72 » Félix López Uralde, Granada, 71.
  - » 73 » Alfonso Pogonoski, Santos, 5
  - » 74 » Antonio Sánchez Balbi, Plaza de Riego, 32.
  - » 75 Srta. Teresa Aspiazu, Escuela Normal de Maestras.
  - » 76 Don Rafael Lozano, Liborio García.
  - » 77 » Jaime Parladé, Paseo de Sancha, 20.
  - » 78 » Antonio Albendín, Puerta del Mar, 9.
  - » 79 » Antonio Ballesteros, Plaza del Siglo.
  - » 80 » Antonio de Burgos Maesso.
  - » 81 » Antonio Villar Urbano, Granada, 72.

- Núm. 82 Señor Marqués de Casa Loring, Alameda Principal.
- » 83 Don José Alvarez Net, Nueva, 5.
  - » 84 » Federico Berrocal Dörr, Correo Viejo, 3.
  - » 85 » Manuel Morel Jiménez, Sebastián Souvirón, 4.
  - » 86 » Manuel Sell Guzmán, Pedregalejo.
  - » 87 » Diego Martín Rodríguez, Pasillo de Atocha, 2.
  - » 88 » Juan Menéndez Campillo.
  - » 89 » Juan Heraso, Capuchinas, 8.
  - » 90 » Rafael Pérez Bryan, Duque de la Victoria, 8.
  - » 91 » Enrique Leal del Pino, Victoria, 2.
  - » 92 » Evan Marvier, Sánchez Pastor, 10.
  - » 93 Señor Conde de Villapadierna, Monte de Sancha.
  - » 94 Don Ricardo López Barroso, Santiago, 2.
  - » 95 » Salvador González Anaya, Nueva, 35.
  - » 96 » Rafael Pérez Montaut, Salinas, 1.
  - » 97 » Antonio Quintero Cobos, Victoria, 53.
  - » 98 » Rafael Ramírez Rivas, Dos Aceras, 36.
  - » 99 » Rafael Fench y Cordonie, Nosquera, 15.
  - » 100 » Antonio Baca Aguilera, Larios, 10.
  - » 101 » Juan Molina Fernández, Correo Viejo, 2.
  - » 102 » Esteban Pérez Bryan, Plaza de la Constitución.
  - » 103 » José Cabanillas Sánchez, Castelar.
  - » 104 » José Rieumont, Granada, 64.
  - » 105 » Joaquín Alvarez Pastor, Alameda, 48.
  - » 106 » Alfredo Medina Acedo, Alameda, 44.
  - » 107 » Amador Oppelt Sanz, Granada, 81.





# Sociedad Malagueña de Ciencias

## SUMARIO

Sucinta reseña histórica de la misma.

Resumen del acta de la Junta general ordinaria de Enero.

Idem del acta de la Junta general ordinaria de Febrero.

Reseña de la sesión extraordinaria en honor de D. Domingo de Orueta.

Conferencia del Sr. Cabello.

Idem del Sr. Orueta.

Idem del Sr. Ortega Munilla.

Resumen del acta de la Junta Directiva de Febrero.

Idem del acta de la Junta general ordinaria de Marzo.

Lista de socios.

